

Bianca

El millonario y la camarera

Maggie Cox

El Millonario y la Camarera

Maggie Cox

El Millonario y la Camarera (20.04.2005)
Título Original: The Wealthy Man's Waitress (2004)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1582
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Piers Redfield y Emma Jane Robards

Argumento:

Ella no era una mujer para un solo fin de semana…

Piers Redfield estaba completamente fuera del alcance de Emma. El millonario tenía un poder especial… tanto en el despacho como en el dormitorio.

Cuando Emma se enfrentó a él en nombre de su amigo, Piers supo que debía conquistar a aquella audaz y valiente muchacha. Lo primero que haría sería llevarla a París a pasar un romántico fin de semana.

Sin embargo, Piers no tardó en darse cuenta de que lo que sentía por ella estaba fuera de su control…

Capítulo 1

TAN sólo una puerta separaba a Emma Jane Robards de su meta, pero no era una puerta cualquiera. Se trataba de una puerta muy especial, grande, de nogal y con un nombre escrito en letras doradas que indicaba la importancia del ocupante del despacho al que daba acceso: Piers Redfield.

Lawrence le había dicho que no valía la pena que pidiera cita pues un ejército de empleados se ocupaba de ahuyentar a posibles intrusos, y en aquel instante Emma se preguntaba por qué habría dejado que Lawrence la convenciera para que actuara como una espía aficionada.

La respuesta era que deseaba ayudarlo y que por ese motivo estaba allí, arriesgándose a que en cualquier instante el servicio de seguridad la echara del edificio. Alzó la barbilla, respiró hondo y llamó con los nudillos a la puerta que protegía la fortaleza.

—¡Adelante!

Emma giró el pomo, entró y se quedó paralizada por la sorpresa. Ante sí había un despacho enorme con gigantescas cristaleras desde las que se divisaba un bosque de árboles y cuadros en las paredes que hasta un ojo inexperto como el suyo identificó como originales. Pero más que el aire general de exclusividad y riqueza que flotaba en la habitación como un penetrante perfume, lo que le quitó la respiración fue el hombre que se sentaba tras un inmenso escritorio: Piers Redfield en persona.

—¿Quién es usted?

Emma sintió el impulso de salir corriendo pero no estaba dispuesta a comportarse como un conejillo asustado aunque tuviera ante sí al multimillonario presidente de una gigantesca corporación y ella no fuera más que una camarera. No se dejaría amedrentar.

—Soy Emma, una amiga de Lawrence.

—¿Lawrence? —las oscuras cejas que enmarcaban unos penetrantes ojos de color zafiro se arquearon en una mirada interrogadora.

Emma asió con fuerza el maletín que sostenía. Su corazón se aceleró y sintió que una mano invisible estrangulaba su garganta.

—Su hijo.

—Ya sé que es mi hijo, pero eso no explica su presencia. Por cierto, ¿cómo ha conseguido evitar el control de recepción y de mi secretaria?

—Todo el mundo está viendo el desfile y, como es sábado, hay poco personal.

Al salir del metro y verse arrastrada por la corriente de gente que se agolpaba en las aceras, Emma había rezado para que la distracción general le facilitara la entrada en el edificio y el milagro se había operado. Había pasado por el control de seguridad como si fuera invisible.

—¿Es hoy?

Sin esperar respuesta, Piers se puso en pie y miró por la ventana. Su porte era majestuoso y a Emma le desconcertó que su aire de seguridad le resultara tan apabullante. Pero estaba allí con una misión concreta y no pensaba permitir que la riqueza y el poder del hombre que tenía delante la intimidaran. Lawrence ya le había advertido que era capaz de utilizar cualquier truco para doblegar la voluntad de aquéllos que lo rodeaban. Con ella no lo conseguiría.

—No creo que pueda ver nada. Está demasiado alto —comentó, tanto literal como metafóricamente. Piers Redfield ocupaba un pedestal inaccesible.

—¡Menudo servicio de seguridad! ¿La ha mandado Lawrence? ¿Es una de sus novias?

Una de sus novias. Pretendía ser un insulto y Emma lo interpretó como tal.

—Espero no entrar en esa categoría para él.

La cínica sonrisa que se dibujó en el rostro de Piers hizo que se arrepintiera de inmediato de haber hecho aquel comentario.

—No me había dicho que tuviera una relación especial —comentó él, apoyándose en el escritorio y clavando una mirada especulativa en ella.

—¿Cómo iba a decírselo si ni siquiera responde a sus llamadas? —la acusación escapó de los labios de Emma automáticamente, y una vez más tuvo motivos para arrepentirse cuando Piers echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una sonora carcajada.

—¡Pobrecito Lawrence! Si ésa es la estrategia que piensa adoptar, será mejor que vaya al grano. ¿La ha enviado para que me pida dinero?

—¡Claro que no! Sólo quiero contarle los sacrificios que está haciendo para financiar su nueva carrera y explicarle que al fin ha descubierto su verdadera vocación. Me ha dicho que usted siempre lo infravalora. Todo el mundo merece una oportunidad, señor Redfield. ¿Usted no recibió ninguna ayuda al iniciar su carrera?

El trabajo, la determinación y la capacidad de tomar decisiones

difíciles sin titubear lo habían llevado a la cima sin la más mínima ayuda de su padre. Piers contempló a la bella mujer de cabello castaño, ojos color miel y un encantador lunar en el pómulo izquierdo, y se dijo que no podía culparla por haber creído que él era un padre cruel y Lawrence el pobre hijo incomprendido y rechazado. De haber tenido más tiempo, le hubiera gustado sacarla de su error y proporcionarle unos cuantos datos desagradables sobre aquel pobre, incomprendido y rechazado hijo, pero Piers pensó que no lograría hacerle cambiar de opinión y que, por tanto, sería una pérdida de tiempo.

Miró la hora en su Rolex de muñeca.

—¿Qué sacrificios ha hecho mi hijo últimamente? Tendrá que ser breve. Faltan tres minutos para mi próxima reunión.

Emma carraspeó. Hubiera dado cualquier cosa por beber agua para aliviar la sequedad de garganta que sentía. ¿Qué le había hecho pensar que podría conseguir entenderse con el empresario de fama internacional al que todos los jóvenes querían emular? Y lo peor era que ni siquiera había tenido en cuenta que también era famoso por su atractivo físico.

—Ha vendido su coche y su moto, pero con ello no ha reunido suficiente capital para establecerse en Cornwall. Además, tendrá que pagar un alquiler y comida. Pasará un tiempo hasta que el negocio empiece a prosperar, pero le aseguro que será un éxito. ¿Tiene idea de cuánto talento tiene su hijo?

—Conozco perfectamente el talento que tiene mi hijo, señorita...

—Robards.

—Señorita Robards. Pero me temo que no es el mismo al que usted se refiere. Y por si le interesa, dudo que pueda tener éxito un negocio de cerámica en un lugar donde ya hay cientos. Si quiere saber mi opinión, aunque supongo que no le interesa... —clavó una gélida mira en Emma—, Lawrence sólo pretende vivir a mi costa. Le he dado dinero para un montón de ideas descabelladas, y despilfarró la herencia de su madre en menos de un año. Considero que he hecho todo lo que he podido por él. Siento que haya venido para nada, señorita Robards.

Piers rodeó el escritorio y posó su mano sobre el teléfono.

Emma no podía creer que estuviera despidiéndola con tal frialdad. Después de todo, estaba allí para hablar de su hijo, no de un desconocido. La noche anterior había tenido por primera vez en su vida a un hombre llorando entre sus brazos. Lawrence se había

derrumbado y le había hablado de su desdichada infancia, de la temprana muerte de su madre, de las infidelidades a las que ésta se había visto arrastrada por la adicción al trabajo de su padre, de la frialdad de éste hacia él. Con ojos llenos de dolor le había explicado cómo todo aquello le había impedido entrar en la universidad. Era un ser desconsolado y ella había sentido el deseo de protegerlo. Inicialmente no había sido más que su vecina pero pronto se habían hecho amigos y más de una vez había tenido que darle de comer cuando Lawrence se quedaba sin dinero para hacer la compra. ¡Lo mínimo que podía hacer su poderoso padre era prestar atención a lo que tenía que decirle!

—Señor Redfield —Piers alzó la vista desconcertado cuando Emma cruzó la habitación y posó su mano sobre la de él.

Tenía la piel tan suave como el terciopelo y una corriente de sensualidad lo recorrió al sentir su roce. Durante una fracción de segundo se quedó paralizado pero en seguida recuperó el control de sí mismo y le divirtió ver que Emma se ruborizaba intensamente y retiraba la mano como si se hubiera quemado.

Podía no respetar a Lawrence pero tenía que alabarle el gusto en el caso de aquella mujer. Evidentemente era demasiado joven, tendría unos veinticuatro años, pero nadie podía negar que era valiente. Y la chaqueta ajustada que llevaba sobre el vestido insinuaba un busto magnífico... Piers metió la mano en el bolsillo y respiró profundamente para ahuyentar pensamientos lascivos de su mente.

—¿Quería algo más, señorita Robards?

—No abandone a su hijo. Necesita su ayuda, no su desaprobación. Me ha pedido que le diga que será la última vez que recurra a usted. ¿Por qué no le dedica media hora de su tiempo?

—¿Y qué provecho va a sacar usted de todo esto, señorita Robards?

—¿Qué quiere decir? —Emma frunció el ceño. Su perfume envolvió a Piers y una vez más sintió una placentera sensación en el bajo vientre.

—Que qué saca usted a cambio. ¿Quiere llevar una vida fácil en Cornwall?

Emma lo miró atónita ¿Pensaba que se trataba de una estratagema para quedarse con su dinero? Ella, que siempre prestaba ayuda a los demás, que no sabía lo que era ser deshonesta... Tuvo que contenerse para no abofetearlo.

—Debía haber esperado una respuesta así de mezquina de un hombre como usted —dijo acaloradamente—. Para su información,

sólo he venido porque Lawrence me lo pidió y porque creo en él. Personalmente ni me impresiona su riqueza ni le pediría dinero aunque me estuviera muriendo de hambre. No todos estamos preparados para dirigir empresas millonadas. Muchos tenemos que resolver pequeños problemas diarios para sobrevivir.

—¿Se acuesta con él? —preguntó él, dejando pasar cierta curiosidad por saber a qué problemas se refería en su caso.

—¿Qué? —Emma lo miró como si acabara de acusarla de desfalco.

Piers se cruzó de brazos y la observó detenidamente, deslizando la mirada por su cuerpo y deteniéndola sobre su pecho. La reunión tendría que esperar.

—¿Mantiene relaciones sexuales con mi hijo?

—¡Cómo se atreve! ¡No es de su incumbencia! —Emma no pensaba contarle que Lawrence había intentado seducirla en numerosas ocasiones pero que ella, aunque se sentía atraída por él, no había querido dar ese salto. Por el momento, prefería seguir siendo su amiga.

Por otro lado, ya pasaban bastantes chicas por su piso. ¿Se trataría de una herencia familiar? Según Lawrence, su padre tenía fama de donjuán. Emma lo recordó en aquel momento y hubiera dado cualquier cosa por frenar su corazón cuando Piers la miró como si tratara de imaginarse qué aspecto tendría desnuda.

—Seguro que sí. Si no ¿por qué iba a abanderar su causa? No sea tan inocente, señorita Robards. Está utilizándola, y me temo que no es la primera que se deja engañar por su sibilino encanto —Piers se pasó la mano por la frente antes de sonreír de una manera que envolvió a Emma en una nube de calor—. ¿Es usted mi premio si accedo a la petición de Lawrence?

—¿Cómo? —por un instante Emma prefirió no comprender la pregunta. Le costaba creer que un hombre con el poder de Redfield se molestara en insinuarse a una vulgar chica como ella. Cuando se dio cuenta de que ésa era la única interpretación posible, se puso furiosa—. ¿Cómo se atreve a insinuar algo tan espantoso? Lawrence me advirtió de la mala opinión que tiene de él, pero nunca hubiera creído que fuera tan baja. ¿De verdad cree que su hijo haría algo tan despreciable? Y sobre todo, ¿realmente cree que yo habría accedido?

Piers la miró impasible.

—Se ve que no conoce a Lawrence tan bien como cree. Cuanto antes se dé cuenta de que está utilizándola, mejor.

—¡No me está utilizando! Lawrence y yo somos amigos. Confío

en él plenamente.

—Pues le aconsejo que tenga cuidado.

Emma se dio por vencida. Estaba perdiendo el tiempo. Era evidente que Piers no tenía la más mínima intención de ayudar a su hijo. Lo que tal vez no sabía era que su actitud podía costarle cara. ¿Era consciente de que su hijo sufría una depresión crónica? Aquél no era el momento para contárselo. Era evidente que estaba impaciente porque se marchara para poder asistir a su reunión y ella no estaba dispuesta a seguir siendo interrogada sobre su vida privada.

—Que yo me acueste con Lawrence o no es lo de menos —dijo, abatida—. He venido a pedirle que hable con él y que lo ayude, no sólo económicamente. Tiende a deprimirse y eso me preocupa. Él no es tan fuerte como usted.

Piers sabía bien que su hijo tenía una vena melancólica. Había sido un niño exigente y egoísta y lo había seguido siendo en su edad adulta, comportándose como si el mundo, y sobre todo su padre, le debieran algo. Piers había perdido la cuenta de las entrevistas de trabajo que había concertado para él con sus amigos y clientes. Pero una y otra vez Lawrence le había fallado. O surgía algo más importante y se olvidaba de la entrevista o, si comenzaba a trabajar, al cabo de un par de semanas lo dejaba con la excusa de que «no era exactamente lo que buscaba». Con el tiempo, Piers había llegado a la conclusión de que su hijo no sería capaz de identificar qué buscaba ni aunque lo tuviera delante de sus narices. Por eso no comprendía qué podía atraerle a Emma Robards de él, aparte de su físico, y ésa era la razón de que le hubiera preguntado si pensaba sacar algún provecho de la situación.

—Le aseguro que Lawrence sobrevivirá. Es demasiado egocéntrico como para privar al mundo de su existencia, así que no hace falta que se preocupe por él.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir al respecto? —la tensión hizo que a Emma se le agarrotara la espalda. No podía creer que la conversación fuera a concluir en un tono tan desesperanzador. El pobre Lawrence iba a llevarse una terrible desilusión. Antes de despedirse de ella, le había dicho que si no tenía éxito se daría por vencido. Los bancos ya no le concedían crédito. Ni siquiera el nombre de su padre servía para que le prorrogaran los préstamos que aún debía.

Piers abrió la puerta para indicar que daba la conversación por terminada. Emma sentía que las mejillas le ardían y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas. No soportaba

decepcionar a un amigo. Cuando había accedido a ir a hablar con Redfield había tenido la convicción de que podía triunfar. Siempre había tenido la habilidad de llevarse bien con todo el mundo y pensaba que, por más severo que Piers pudiera ser, debía ser humano y por tanto, incapaz de abandonar a su único hijo cuando más lo necesitaba.

—No se lo tome a pecho, señorita Robards. Usted no es responsable de lo que Lawrence haga con su vida. Después de todo, es un adulto, ha tomado sus propias decisiones y debe aprender a asumir las consecuencias.

Emma no apreció ni un ápice de lástima en los fríos y cristalinos ojos de Piers. No parecía concebir la posibilidad de que su decisión fuera errónea. Ni aunque con ella abandonara a su propio hijo.

—¿No puedo hacer nada para hacerle cambiar de idea? —Emma miró a Piers implorante y éste sintió una oleada de calor recorrerle el cuerpo. Era indudable que aquella mujer tenía unos ojos maravillosos, enmarcados por unas pestañas largas y tupidas del color del caramelo fundido.

—Esa pregunta puede meterla en muchos líos, señorita Robards —dijo con voz grave.

Emma se irguió como si acabara de recibir una bofetada pero al mismo tiempo se sintió subyugada por la mirada llena de sensualidad con la que Piers la contemplaba. Sus pezones se endurecieron y tuvo que morderse el labio para contener una exclamación.

—Yo..., yo... —balbuceó, sin encontrar las palabras.

—Tome mi tarjeta —dijo Piers, con voz seductora. Y, sacando una tarjeta del bolsillo de su chaqueta, le tomó la mano y se la entregó—. ¿Por qué no me llama algún día de éstos?

Emma apartó la mirada de él para recuperar la serenidad. Estaba convencida de que si no se marchaba acabaría encontrándose en una situación embarazosa. Las cosas no estaban yendo ni mucho menos como había calculado. ¿Cómo era posible que el padre de Lawrence le estuviera sugiriendo que lo llamara en lugar de accediendo a ver a su hijo?

—Si estoy aquí es por su hijo, señor Redfield, ¿No significa eso nada para usted? Dudo que quiera que lo llame para acordar una cita con Lawrence.

Piers la miró impasible. El tono de indignación de Emma no parecía impresionarlo.

—¿Usted qué cree, señorita Robards?

—Que no merece ser padre —exclamó Emma, al tiempo que

sujetaba el maletín con el brazo para romper la tarjeta y tirar los trozos al suelo.

Piers se limitó a esbozar una enigmática sonrisa que iluminó su bello rostro y se encogió de hombros.

—Si cambia de idea, ya sabe dónde encontrarme.

Emma salió al pasillo y se alejó a toda velocidad por temor a decir o hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

Piers volvió al escritorio y echó una ojeada distraída a su agenda. La idea de que hubiera mandado a la atractiva Emma Robards a hacer el trabajo sucio para él lo indignaba. ¿Cómo era posible que fuera capa de todo con tal de conseguir lo que quería? Piers dejó escapar una maldición al tiempo que se dejaba caer sobre el sillón y se desabrochaba el nudo de la corbata que de pronto lo estrangulaba. Las cosas entre él y Lawrence iban de mal en peor y no se le ocurría cómo mejorarlas. Lo había intentando todo, pero cada nuevo intento se había encontrado con un fracaso.

Tal vez por eso Lawrence había pretendido ablandarlo enviándole un cebo. ¿Habría pensado que no lo aceptaría? ¿Consideraba a su padre demasiado mayor como para resultarle atractivo a una bonita joven como Emma?

Al pensar en ella y en sus inocentes ojos marrones Piers sintió un erótico calor en la entrepierna y se dijo que Lawrence debía haber aprendido hacía tiempo que no había nada que le gustara más a su padre que enfrentarse aun reto.

Capítulo 2

¿CÓMO te ha ido con el viejo? —Lawrence entró en el salón de Emma con el cabello alborotado, el torso desnudo y unos vaqueros holgados, y se dejó caer en el sofá. Sus ojos azules escrutaban el rostro de Emma con ansiedad y ésta no supo qué decir. ¿Cómo podía decirle que había fracasado cuando él la contemplaba como si fuera su única salvación?—. Al menos habrás conseguido verlo, supongo.

Con una sonrisa nerviosa, Lawrence tomó una manzana de un frutero y le dio un mordisco.

Emma frunció el ceño.

—¿Por qué no estás vestido? Estamos en noviembre, no en julio.

Lawrence se encogió de hombros.

—Acabo de ducharme. En cuanto te he oído llegar he bajado a verte.

Emma oyó pisadas en el piso de arriba y tragó saliva.

—¿Tienes contigo a una chica?

La expresión de Lawrence se ensombreció. Dejó la manzana a medio comer en el frutero y se acercó a Emma.

—No significa nada para mí. Ya sabes que estoy pasándolo mal y necesito un poco de atención, alguien a quien abrazar.

Emma no dudó en interpretar el comentario como una recriminación. Lawrence tenía que recurrir a mujeres que «no significaban nada» porque ella se negaba a acostarse con él.

Emma respiró hondo para ignorar el dolor y la desilusión que experimentó.

—Yo también tengo sentimientos y te he explicado un montón de veces que necesito tiempo. Me dices que quieres que seamos más que amigos pero te vas a la cama con otras mujeres. No te comprendo.

—Siento hacerte daño, cariño. No te enfades, por favor. Pero debes comprender que un hombre tiene ciertas necesidades y si tú estuvieras dispuesta a mantener relaciones conmigo, yo no me acostaría con otras.

Diciéndose que era demasiado comprensiva, Emma contuvo las lágrimas que amenazaban con rodar por sus mejillas. Ni siquiera le había dado todavía la mala noticia a Lawrence...

—El caso es que sí he conseguido ver a tu padre.

—Sabía que lo harías —Lawrence posó la mano en la mejilla de Emma—. ¿Cómo ha ido?

—No demasiado bien.

—¿Por qué? —Lawrence se separó de ella, se acercó al sofá y se cruzó de brazos.

—No quiere ayudarte —Emma se mordió el labio. Le dolía la desilusión que se reflejaba en el rostro de Lawrence.

—¿Le has explicado que quiero establecerme en Cornwall y que ésta es la última vez que le pido ayuda?

—Te juro que he hecho todo lo que he podido, pero no he conseguido convencerlo.

—¡Esta claro que no lo has intentado lo suficiente! —Lawrence lanzó una mirada iracunda a Emma que la desconcertó.

—¿Qué has dicho?

—¡Sabes que estoy desesperado!

Emma se dijo que Lawrence hablaba con brusquedad por pura desesperación y que en cuanto se tranquilizara volvería a tratarla con dulzura. Pero algo en su interior se rebeló contra la actitud de Lawrence, y recordó que muchos de sus amigos habían salido de situaciones muy difíciles sin contar con la ayuda de nadie y que Lawrence no podía esperar que su padre siguiera resolviendo sus problemas eternamente.

Miró a Lawrence y su aire angelical la hizo sentirse culpable por pensar en él de una manera tan crítica. La culpa debía ser de Piers Redfield y la forma en que la había mirado, como si quisiera poseerla allí mismo, sin importarle que pudieran entrar testigos, incluso disfrutando de esa posibilidad... El recuerdo de aquellas miradas hizo que la temperatura de su cuerpo se elevara.

—Siento que tu padre no quiera ayudarte, pero entre los dos encontraremos una solución —Emma intentó dedicarle una sonrisa de consuelo pero no lo consiguió. Estaba demasiado turbada por los pensamientos que ocupaban su mente.

—¡Maldita sea! —Lawrence dio una patada a la pata de la mesa y el frutero salió despedido por los aires.

—¡Lawrence!

—Supongo que te ha contado lo irresponsable y egoísta que soy, cómo he faltado a entrevistas de trabajo y he dejado varios empleos a las pocas semanas de empezar, cómo siempre se me ocurren ideas descabelladas en lugar de dedicarme a algo sensato.

—No me ha contado detalles —consternada por la rabia de Lawrence, Emma se acercó conciliadora, pero él la rechazó y la miró con ira.

—¿No se supone que eres mi amiga? —preguntó con ojos desorbitados—. Sabes que estoy desesperado. Puede que a ti no te importe vivir en este estercolero, pero a mí sí. Haría lo que fuera

por escapar. ¿Por qué no has conseguido persuadirlo?

—¿Persuadirlo? —Emma lo miró con expresión angustiada—. ¿Qué quieres decir?

—Eres una chica bonita, con buenos pechos, piernas largas, una voz aterciopelada. ¿No podías haber intentado convencerlo?

Emma tuvo ganas de vomitar, la habitación dio vueltas a su alrededor. ¿Es usted mi premio? Piers había estado en lo cierto. El que hasta ese momento había considerado su amigo no era más que un ruin manipulador, y la idea le resultó tan espantosa que no encontró palabras para expresarse.

—Sal de aquí —dijo entre dientes.

—Muy bien —Lawrence se pasó los dedos bruscamente por el cabello. No parecía afectado por el dolor de Emma—. La verdad es que me preocupas. No es natural que el sexo no te interese. La única razón por la que Vicky o Nicky o como quiera que se llame esté en mi cama es por tu frigidez. Aunque no me lo hayas dicho, está claro que eres frígida o lesbiana.

—Creo que ya has dicho bastante —Emma abrió la puerta. Lawrence salió y subió las escaleras. Ella cerró y se apoyó en la puerta con los ojos cerrados.

No es la primera que se deja engañar por su sibilino encanto. Cuando su padre había hecho ese comentario, ella lo había considerado completamente injusto. Pero era evidente que lo conocía mejor que ella. Después de todo, siempre le había dado todo aquello que le pedía y tal vez por eso no había tenido la oportunidad de conocer a Lawrence tal y como era cuando no conseguía lo que quería. Aparentemente Piers había dado en el blanco al sugerir que su hijo la enviaba para seducirlo.

Con el estómago encogido, Emma miró el reloj, vio que le quedaban un par de horas antes de ir a trabajar y decidió darse una ducha con la esperanza de que el agua arrastrara parte de la angustia que sentía. Estaba convencida de que su falta de experiencia y sofisticación habían contribuido a que los Redfields la trataran despectivamente. Aunque, por otro lado, no tenía claro que fuera una falta de respeto mirar a alguien con expresión de deseo… Al recordar lo atraída que se había sentido por la intensa mirada de Piers Redfield, se acaloró y sintió vergüenza. Por muy atractivo que fuera, no tenía sentido que pensara en él. Debía olvidarse de Piers Redfield cuanto antes y volver a la realidad.

Piers cenó en su club con un viejo amigo y luego le pidió a su

chofer que lo llevara a casa. Al quedarse solo, se dio cuenta de que lo dominaba una inquietud que no podía ni contener ni negar. Su cabeza no dejaba de pensar en Emma Robards y en su tajante afirmación de que no se merecía ser padre si se negaba a ayudar a su hijo.

Sus palabras habían puesto el dedo en una llaga que no acababa de cicatrizar por más esfuerzos que hiciera por ignorarla y por convencerse de que no le dolía. Aunque Lawrence fuera responsable de sus propios errores, no se merecía su desprecio. No tenía la culpa de que su madre, para compensar la ausencia de su padre, le hubiera consentido todos los caprichos y lo hubiera malcriado hasta convertirlo en un chico egocéntrico y egoísta.

—Yo sólo quería proporcionar seguridad a mi familia —dijo en voz alta, cruzando la biblioteca a grandes zancadas con las manos en los bolsillos y cara de frustración.

Emma Robards había abierto la herida. ¿Por qué se creía con el derecho a entrar en su despacho y exigirle que financiara el último capricho de Lawrence?

Al recordar sus atractivos ojos marrones y la suavidad de su piel, tuvo que reconocer que se sentía atraído e intrigado por la novia de su hijo.

Emma Robards tenía el tipo de energía que a él le gustaba, pero debía ser un caso perdido si creía que su atrevimiento iba a suscitar el agradecimiento de Lawrence. Piers conocía muy bien a su hijo y no necesitaba mucha imaginación para suponer que no habría recibido a Emma con los brazos abiertos al enterarse de que volvía con las manos vacías. Era como un niño que siempre esperara un nuevo regalo. No. Si no estaba equivocado, la señorita Robards habría descubierto cómo era Lawrence cuando no se le daba lo que pedía. Y Piers se compadeció de ella.

Maldijo entre dientes. Censurar a su hijo le resultaba fácil, especialmente tras comprobar que era capaz de mandar a su novia a hacer un trabajo sucio para él. Pues bien, había llegado el momento de hacerlo reflexionar. Accedería a ayudarlo, pero a cambio tendría derecho a conquistar a Emma Robards. Iba a demostrarle a su hijo que si quería jugar, tendría que aprender mucho antes de competir con los mayores.

Con esa idea en la cabeza, Piers se puso el abrigo y, saliendo a la lluviosa y fría noche, paró un taxi.

—Lo siento, Liz, no sé qué me pasa —a la vez que Emma se

agachaba a recoger los cristales, Liz Morrison, su amiga y dueña junto con su marido de un pequeño restaurante llamado The Avenue, se puso a ayudarla. Al ver que las manos de Emma temblaban, frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha molestado algún cliente?

—No. Estoy un poco nerviosa, eso es todo —Emma se puso en pie y tiró los cristales a la basura.

—¿Quieres irte a casa? Le diré a Louise que se quede un rato más a ayudar.

—No, estoy bien, de verdad.

Pero Emma sabía que mentía. Acababa de descubrir que Lawrence Redfield no era un verdadero amigo sino un joven sin escrúpulos que sólo se había relacionado con ella para utilizarla. Y lo único que quería hacer era acurrucarse en un rincón y olvidarse del mundo durante una buena temporada. Pero no podía permitírselo. Se estiró el delantal y se ajustó el lazo de terciopelo que le sujetaba el cabello en una coleta alta, después sonrió y, tomando una bandeja con vasos, fue hacia el comedor.

Liz la detuvo sujetándola por el brazo.

—Necesitas tomarte un descanso. ¿Por qué no me dices qué te pasa?

Liz Morrison era como una madre adoptiva para Emma. Su hija, Fleur, y ella habían ido juntas al colegio y cuando Fleur se marchó a París para continuar con sus estudios de diseño, la relación entre Emma y sus padres se había estrechado aún más.

Emma se encogió de hombros.

—He hecho el ridículo, eso es todo. Y la verdad es que no sabría qué hacer si me tomara unas vacaciones.

Lo cierta era que aunque Emma tenía vacaciones pagadas, contaba con las propinas para aumentar su sueldo. Y dado que pronto operarían a su abuela y tenía que hacer unas cuantas mejoras en su casa para cuando saliera del hospital, necesitaba ahorrar todo el dinero posible. Su abuela no tenía ningún otro familiar, y Emma estaba dispuesta a cualquier sacrificio por ella

—Aunque te quedes en tu casa, necesitas unas vacaciones. Pareces cansada. Atender a tu abuela te está agotando física y económicamente.

Emma no podía negarlo, pero tampoco podía hacer nada al respecto.

—A veces es difícil, pero sólo me tiene a mí. Claro que me gustaría tomarme unas vacaciones, pero ahora mismo es imposible.

Liz sonrió con ternura.

—No te estoy criticando, Emma. Sólo estoy preocupada por ti. ¿Te inquieta la operación? Emma asintió al mismo tiempo que sonreía al recordar lo decidida que estaba su abuela a recuperarse cuanto antes.

—Es muy fuerte y mejorará. Si te sirve de consuelo, dentro de dos semanas me tomaré unos días. Para entonces sólo faltará una semana para la operación de mi abuela y así podré cuidar de ella antes de llevarla al hospital.

—De acuerdo, pero si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo.

—Lo prometo. Eres un encanto.

—Alguien tiene que pensar en ti. Ahora será mejor que vayas a ayudar a Lorenzo antes de que se ponga a gritar porque no tiene vasos.

Una hora más tarde Emma, que secaba unos vasos tras la barra, alzó la vista y se quedó petrificada. Desde la puerta, los ojos azules de Piers la contemplaban con la misma intensidad que si estuvieran a unos centímetros de ella. ¿Lo habría enviado Lawrence? ¿Pensaba denunciarla por haber entrado sin permiso en su despacho?

Al ver que llegaba un cliente, Lorenzo salió a recibirlo y con su habitual jovialidad italiana le estrechó la mano y lo condujo hasta una de las mesas. Emma sintió que se le formaba un nudo en el estómago y observó la curiosidad que Piers despertaba entre las demás mujeres que ocupaban el restaurante.

Respiró hondo y siguió trabajando hasta que Lorenzo volvió a su lado.

—Emma, lleva un menú al señor, por favor.

Emma miró a Lorenzo con expresión angustiada.

—¿No te importa llevárselo tú?

Él sacudió la cabeza.

—Primero rompes los vasos y luego te niegas a atender a un cliente. ¿Qué te pasa?

Emma se ruborizó.

—No me niego a atenderle. Simplemente, estoy ocupada.

Lorenzo le pasó un menú.

—No digas tonterías. Llévaselo y anima esa cara.

Emma forzó una sonrisa y fue hasta la mesa de Piers con piernas temblorosas.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con una voz apenas audible. En lugar de contestar, Piers tomó el menú, lo abrió, y fingió leerlo con atención.

—Me han dicho que éste es un buen restaurante —dijo con una sonrisa felina—. ¿Qué me recomienda?

—Estoy segura de que no ha venido a comer.

Piers cerró el menú bruscamente, entrelazó los dedos y la contempló como un juez a punto de dictar sentencia.

—Además de osada es astuta. Señorita Robards, es usted una caja de sorpresas.

—¿Por qué ha venido? ¿Lo envía Lawrence?

—¿Por qué iba a enviarme?

«Para castigarme por no haber conseguido lo que quería…» Emma se tapó la boca con la mano para no suplicarle que se marchara. Lorenzo los estaba observando con suspicacia.

—No lo sé. Nunca se sabe qué motivos puede tener un Redfield.

—¿Debo interpretar eso como una crítica, Emma? No te importa que te llame Emma, ¿verdad?

—Por favor —Emma se inclinó hacia delante para que nadie pudiera oírla—, si está enfadado por mi visita, le ruego que me perdone. Estoy arrepentida y juro que no volveré a hacerlo. Ahora, ¿le importaría irse antes de que el encargado sospeche algo?

—Tienes razón, no he venido a comer —antes de que Emma pudiera reaccionar, Piers le tomó la muñeca y la atrapó con su cálida mirada. El roce de sus dedos la hizo estremecer y su corazón se aceleró—. Fui a ver a Lawrence y me dijo que trabajabas aquí. Tenemos que hablar.

—¿Qué quiere de mí, señor Redfield? Dígamelo para que pueda volver al trabajo —Emma tiró de la mano y se frotó la muñeca como si quisiera borrar el rastro de sus dedos.

Piers frunció el ceño. No estaba acostumbrado a recibir respuestas negativas de las mujeres Y si Emma actuaba así porque aún albergaba alguna esperanza con Lawrence, estaba muy equivocada. Cuando había ido a verlo, lo acompañaba una rubia exuberante y, cuando supo que le daría el doble de la cantidad que necesitaba para ir Cornwall, Lawrence le había dicho dónde trabajaba su vecina. Con toda seguridad pensaba que al enterarse de que era camarera perdería el interés en ella. Como Emma había dicho, los motivos por los que los Redfield hacían algo eran un misterio…

Al contemplarla en aquel momento sintió de nuevo un intenso deseo, que estaba seguro de poder satisfacer si jugaba bien sus cartas. Y si ella era amable con él, le daría todos los caprichos que se le antojaran.

—¿A qué hora acabas? —Emma se lo dijo a regañadientes—. Te llevaré a casa en taxi. Mi chofer ya se ha retirado. Cuando lleguemos podremos hablar tranquilamente.

—¡No!

—¿No?

—Ni quiero que me lleve a casa ni tengo el menor interés en hablar con usted. Ya me he disculpado por entrar en su despacho, ¿qué más quiere de mí?

Los azules ojos de Piers se oscurecieron de tal forma que Emma dio un paso atrás como si la hubieran quemado. Se puso tan roja que tuvo la certeza de que todo el mundo debía notarlo y, de hecho, vio que Lorenzo avanzaba hacia ellos con gesto preocupado.

—¿Va todo bien? —preguntó a Piers aunque clavó su mirada en Emma.

—Perfectamente, grazie —ante el estupor de Emma, Piers comenzó a hablar en italiano con Lorenzo y éste respondió entusiasmado. En unos segundos parecían amigos de toda la vida. Aliviada, Emma quiso aprovechar la distracción para marcharse y evitar la reprimenda de Lorenzo pero, para su sorpresa, éste prácticamente la obligó a sentarse frente a Piers.

—¿Cómo no me has dicho que este caballero es tu prometido? Aunque os hayáis peleado, deberías compartir estos secretos conmigo. Además de tu jefe, soy tu amigo.

—Pero es que...

Piers le dio una patada por debajo de la mesa y Emma le lanzó una mirada fulminante. ¿Qué pretendía? Entre todas las excusas que podía haber puesto, ¿por qué había elegido decirle a Lorenzo que estaban prometidos?

Capítulo 3

—EN SEGUIDA traigo una botella de vino. Emma, tómate el resto de la tarde libre. Señor Redfield, vuelvo en unos segundos.

Cuando se quedaron a solas Emma tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener su ira.

—¿Cómo se atreve a mentir? ¿Cómo voy a explicarle que no es más que una broma de mal gusto? No sé a qué está jugando, pero le aseguro que no quiero tomar parte en ello.

—Para su información, señorita Robarás, no estoy jugando. Cuando veo algo que me gusta, voy al grano. ¿Soy lo bastante claro? —acompañó sus palabras con una mirada penetrante que cortó la respiración a Emma. ¿Qué interés iba a tener ella para un hombre que podía conseguir cualquier mujer?

—Ni mucho menos —dijo, con la vista fija en su plato y la cara ardiendo—. No sé qué quiere de mí —finalmente se atrevió a alzar la mirada. Piers esbozaba una sonrisa. Todo en él resultaba fascinante: su rostro, su actitud, sus hipnóticos ojos.

—Quiero tu atención, Emma.

—¿Y para eso le ha mentido a Lorenzo diciéndole que estamos prometidos?

—Ya te he dicho que soy capaz de lo que haga falta. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco —replicó Emma, desconcertada—. ¿Por qué?

—Porque no aparentas más de diecinueve. ¿Lo tuyo con Lawrence va en serio?

Mientras esperaba la respuesta, Piers no pudo dejar de admirar su belleza, su piel de alabastro y sus labios carnosos y seductores. Al mismo tiempo, su expresión de inocencia le resultaba misteriosa y eso le gustaba. Le costaba creer que no supiera el efecto que tenía en los hombres, pero ésa era la impresión que transmitía. Piers sintió que se le encogía el estómago. Una vez más estaba dejándose llevar por un impulso, había firmado un cheque para Lawrence por una suma exorbitante y se estaba lanzando a una aventura que sólo podía fracasar.

—No sé a qué se refiere —Emma se sonrojó y vio con alivio que Lorenzo se acercaba. El joven encargado habló animadamente con Piers en italiano y se marchó tras servirles vino.

Piers acarició el borde de su copa sin apartar la mirada de Emma.

—¿Se te rompería el corazón si no volvieras a verlo?

—¿Por qué? ¿Se va a alguna parte?

— A Cornwall, si todo sale como planea —dijo Piers, como si no confiara en lo que su hijo fuera a hacer.

—¿Ha decidido ayudarlo? —Emma lo miró boquiabierta.

—Digamos que he cambiado de opinión.

—Debe estar loco de alegría.

—Cuando lo he dejado iba a celebrarlo con una amiguita.

—Ah.

—¿No te importa? —Piers miró a Emma fijamente en busca de alguna señal de dolor o desilusión, pero no la encontró. Más bien pareció resignada.

—Nuestra relación no es de ese tipo.

—¿Quieres decir «sexual»?

Emma se ruborizó.

—Lawrence tiene muchas novias pero nuestra relación es meramente platónica.

Piers arqueó una ceja.

—¿Quieres decir que no os habéis acostado?

Emma suspiró y dio un sorbo al vino.

—¿A qué conduce todo esto? Apenas lo conozco y sin embargo está ahí sentado, haciéndome preguntas sobre mi vida privada como si fuera lo más natural. Me alegro que decidiera ayudar a su hijo, señor Redfield, pero en lo que a mí respecta, me da lo mismo si vuelvo a verlo o no.

—Veo que te trató mal cuando le dijiste que no iba a ayudarlo —Piers se pasó los dedos por el cabello y sacudió la cabeza—. Lo suponía.

—Mire, debo volver al trabajo...

—Quédate donde estás —Piers le lanzó una mirada que la dejó paralizada. Una corriente de calor le recorrió la espalda—. Recuerda que estamos prometidos. No querrás que Lorenzo piense que nos hemos vuelto pelear.

—Me da lo mismo lo que piense.

—Quiero volver a verte.

—¿Por qué?

—Porque me intrigas.

Era la primera vez que un hombre le decía algo así y el hecho de que fuera Piers Redfield hacía que le resultara aún más incomprensible. Debía existir algún otro motivo pero no lograba adivinarlo.

—¿Le intrigan las camareras? A otros hombres les pasa con las enfermeras o...

—Emma.

El tono autoritario con que Piers pronunció su nombre hizo que se callara de inmediato. El corazón le latió con fuerza.

—¿Qué?

—No se trata de un caso de fetichismo, aunque mentiría si te dijera que no estás extremadamente sexy con esa minifalda tan ceñida.

Lo cierto era que Piers nunca había visto una mujer a la que le sentara tan bien una minifalda. Emma tenía una figura perfecta y le costaba creer que no estuviera acostumbrada recibir piropos de los hombres. Sin embargo, su turbación no parecía fingida. Era como una adolescente que ignorara lo atractiva que resultaba.

Una voz interior le advirtió que era demasiado joven para él, pero Piers estaba demasiado interesado en Emma como para prestarle atención. Después de todo, sólo tenía cuarenta y dos años. No temía estar pasando por una crisis de edad y no solía sentirse atraído por las jovencitas. Normalmente salía con mujeres de su edad o incluso mayores. Le gustaba la compañía femenina. Pero con ninguna había sentido el deseo de mantener una relación estable. El matrimonio no estaba hecho para él. Ya lo había probado y sólo había sido feliz un breve periodo de tiempo, cuando Lawrence acababa de nacer y Naomi, el bebé y él habían sido lo más parecido a una familia feliz. Todo lo demás fue una pesadilla. Y Piers prefería disfrutar de su libertad.

—No es ceñida, sólo ajustada. No pienso seguir manteniendo esta conversación. Tenemos mucho trabajo —Emma se levantó y tras lanzarle una mirada iracunda, se marchó.

Piers maldijo entre dientes. Sus amigos solían envidiar la facilidad con la que las mujeres caían rendidas a sus pies, pero aquella noche le estaban fallando sus armas de seducción. Emma Robards no demostraba ni el más mínimo interés en él. Hizo una señal a un camarero y tras pagar la cuenta, salió del restaurante sin importarle que fuera le esperara una lluvia torrencial.

—¿Por qué le ha dicho ese hombre a Lorenzo que estabais prometidos? —Liz se sentó al otro lado de la mesa y contempló a Emma con curiosidad. Los clientes se habían marchado y acababan de recoger el comedor.

—Querría gastarle una broma —dijo Emma, ocultando su incomodidad tras una taza de café. La verdad era que no tenía ni idea de qué había llevado a Piers al restaurante. No creía la excusa de que se sintiera intrigado por ella, así que sólo cabía otra

posibilidad: que quisiera tomarle el pelo.

—Era guapísimo. Cuando Lorenzo me lo ha contado me he asomado para verlo. ¿Dónde lo has conocido?

Aunque Liz fingió no sentir una curiosidad excesiva, Emma estaba segura de que se moría por saber más. Siempre estaba intentado buscarle novio y le frustraba la falta de interés que mostraba por encontrar pareja.

—No es más que el amigo de un amigo —Emma estaba ansiosa por cambiar de tema. Piers Redfield había protagonizado su día y había llegado el momento de olvidarse de él.

—La verdad es que yo no lo echaría de mi cama.

—¡Liz! —exclamó Emma, como si su amiga acabara de confesar un crimen.

—Sabes que adoro a Adam pero eso no significa que no sepa valorar a los demás hombres. Y te aseguro que tu amigo es un regalo para los ojos.

—No me he dado cuenta.

—¡Por Dios, Emma! Demuestras el mismo interés en el sexo opuesto que si fueras gay —Liz entornó los ojos y bajó el tono de voz—. ¿No eres gay, verdad?

—¡No! —respondió Emma, no sabiendo si reír o llorar. Era la segunda vez en un mismo día que alguien hacía mención a sus tendencias sexuales.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en que tuviera una relación? ¿Por qué todo el mundo estaba tan seguro de que la situación ideal era estar en pareja? ¿No se daban cuenta de que la mayoría de las relaciones fracasaban, que sólo conducían al sufrimiento? A ella le bastaba recordar la imagen de su madre con el corazón destrozado cuando su padre las había abandonado. Ella tenía nueve años, y su madre nunca se había recuperado del golpe. A través de un amigo se enteraron al cabo de los años que su padre había emigrado a Australia... Ésa fue la última noticia que tuvieron de él. Ni siquiera mantuvo contacto con su madre, la abuela a la que Emma adoraba. Era evidente que había borrado de su existencia su vida anterior, incluyéndolas a ella, y a su madre. Por eso Emma no necesitaba un hombre a su lado. Al menos en el presente, y, con casi total seguridad, tampoco en el futuro.

Pero al mismo tiempo que se reafirmaba en su soltería, recordó los cristalinos ojos de Piers Redfield recorriéndole el cuerpo y una ola de calor templó partes de su anatomía que no sentía hacía mucho tiempo.

—Los hombres son un estorbo. Ya tengo bastantes problemas

como para mantener una relación. Deja de preocuparte por mí, Liz. Me gusta estar soltera.

—Háblame del hombre que te ha visitado.

Emma sonrió a pesar de la exasperante tenacidad de Liz, separó la silla de la mesa y fue a recoger su abrigo del perchero.

—Te aseguro que no vas a volver a verlo —si Liz se enteraba de quién era no la dejaría marchar, y Emma estaba demasiado cansada como para ser sometida a un interrogatorio.

—¿Os habéis vuelto a pelear tú y tu prometido? —Lorenzo entró desde la cocina y sacudió la cabeza con desaprobación. Como buen italiano, para él el amor lo era todo—. ¿Qué le has dicho para que se marchara sin ni siquiera comer?

—¡De una vez por todas, Piers Redfield no es mi prometido!

Liz se puso en pie de un salto con los ojos abiertos como platos.

—¡Ése era Piers Redfield! —exclamó.

Emma respiró hondo. Lorenzo las miró alternativamente sin comprender nada.

—¿Es famoso?

—Tal vez no sea un actor conocido, pero está en la lista de los hombres más ricos del país. Emma, ¿qué está pasando?

—Has jugado con rabia, Piers, ¿qué te sucede?

Piers abrió su bolsa de deporte en el vestuario del selecto gimnasio del que eran socios él y su amigo. Estaba sudoroso después del partido de squash pero aun así, no había conseguido librarse del exceso de energía que llevaba sintiendo todo el día. Si aquella noche se parecía a las cinco anteriores, la pasaría en vela y daría la bienvenida a la luz del alba sin haber pegado ojo.

—No me pasa nada —se quitó la ropa, se enrolló una toalla a la cintura, tomó su neceser y fue hacia la ducha.

—¿Qué pasa, conquistador? ¿Te falta sexo? —Jim Delaney, el viejo amigo y compañero de deporte de Piers, soltó una carcajada antes de meterse en la ducha de al lado.

Piers maldijo entre dientes debajo del chorro de la ducha. Jim tenía la asombrosa capacidad de dar en el clavo sin ni siquiera darse cuenta de ello. Pero la cuestión no era que le faltara sexo, tal y como su amigo había dicho crudamente, sino que se sentía atraído por una camarera de veinticinco años que no demostraba el más mínimo interés por él. Y en su experiencia con las mujeres era la primera vez en su vida que se enfrentaba a una situación parecida. Normalmente eran ellas las que se le insinuaban y a él le

bastaba con elegir la que quería. Pero en lo que a Emma concernía, era evidente que tendría que ocurrírsele algo original para conseguir atraer su atención. De lo que estaba seguro era de que, costara lo que costara, triunfaría.

Emma no podía dormir. El ruido procedente del piso superior era ensordecedor. ¿Qué estaría haciendo Lawrence? El escándalo iba acompañado de carcajadas femeninas y Emma se ruborizó al imaginar lo que podía estar pasando. Por unos segundos sintió tristeza, pero pronto ese sentimiento fue sustituido por el de rabia. Finalmente se levantó y fue a la cocina para hacer un té. Bostezó mientras ponía el agua a calentar y miró a su alrededor. La pintura rosa con la que había pintado las paredes de la cocina tan sólo hacía unos meses estaba empezando a descascarillarse. Deslizó su mirada por el techo y las esquinas, y se enfureció con su casero, al que ya había pedido sin éxito en numerosas ocasiones que arreglara las humedades. El piso necesitaba un montón de reparaciones, muchas más de las que Emma podía permitirse, sobre todo si dedicaba sus ahorros a mejorar la casa de su abuela.

Sacó una taza amarilla y echó una bolsa de té dentro, al tiempo que pensaba con envidia en Lawrence y su nueva vida en Cornwall. Ella aceptaría un cambio radical en la suya sin pensárselo dos veces. No con él, claro. Desde el día que Lawrence la había acusado de ser frígida o lesbiana apenas habían intercambiado algunas palabras, y a Emma le daba lo mismo. Inicialmente pensó que echaría de menos las visitas de Lawrence y su compañía, pero pronto se había dado cuenta de que era imposible echar de menos a alguien que en el fondo era un desconocido. El Lawrence que había considerado su amigo no era más que una fantasía de su mente. Si hubiera sido un amigo de verdad no la habría tratado mal y no se le habría pasado por la cabeza que usara sus encantos femeninos para conseguir el dinero de su padre.

Pero todo aquello formaba parte del pasado. Piers finalmente había decidido ayudarlo y Lawrence estaba haciendo las maletas para comenzar una nueva vida en Cornwall. Piers… Emma se preguntó por qué pensaba en él con tanta familiaridad cuando sólo lo había visto en un par de ocasiones, y ninguna de ellas le había resultado especialmente agradable.

Echó agua hirviendo en la taza y se mordió un labio con sentimiento de culpabilidad. Quizá estaba siendo demasiado severa con él, pero no soportaba que fuera tan arrogante y tan… rico. La

única razón por la que había ido al restaurante era para reírse de ella. No había otra explicación

Pero lo mirara como lo mirara tenía que admitir que no podía dejar de pensar en él y que eso la asustaba. Tras una relación frustrada tras cumplir diecinueve años, Emma había decidido que estaba mejor sola. El hombre al que había estado viendo era profesor de economía en la facultad en la que ella estudiaba secretariado y le había dicho que estaba divorciado. Tres meses después, Emma descubrió no sólo que seguía casado, sino que además tenía dos hijos. Y saberse engañada había hecho que se sintiera utilizada y herida. Ni siquiera quiso terminar el curso y fue entonces cuando su amiga Fleur le sugirió que fuera a trabajar al pequeño y sofisticado restaurante de sus padres, Liz y Adam Morrison.

Desde entonces habían pasado seis años y seguía en el mismo puesto. Emma sacudió la cabeza y, para evitar seguir pensando en sí misma, lanzó una mirada hacia el techo, desde donde seguía llegando el eco de golpes y martillazos.

—¿Qué demonios estás haciendo, Lawrence? —masculló.

Unos minutos más tarde, envuelta en un batín de seda que era la única prenda de lujo que poseía, Emma subía las escaleras para averiguar qué estaba pasando. No la sorprendió que Lawrence abriera la puerta en calzoncillos y que la recibiera con una gran sonrisa.

—¡Emma, querida! ¿No te dejo dormir?

—Sabes perfectamente que no —Emma miró por encima del hombro de Lawrence y descubrió con horror un completo desorden, en medio del cual había una figura monstruosa de barro y alambre que sostenía algo parecido a una cabeza en la mano—. ¿Se puede saber que estás haciendo a estas horas de la noche?

—¿Conoces El pensador, de Rodin? Me ha servido de inspiración. He decidido que dedicarme a la cerámica podría volverme loco, así que he optado por la escultura. Es mi primera obra. La he titulado: Se acabó el pensar. ¿Qué te parece?

Emma se dijo que debía estar sufriendo una pesadilla.

—¡No puedo creer que estés hablando en serio! Me parece muy bien que te sientas inspirado en mitad de la noche, Lawrence, pero tienes que pensar en quienes trabajan al día siguiente.

—Lo siento, cariño. Tienes razón. Pero ya que estás aquí quiero aprovechar para decirte algo —Lawrence miró por encima del hombro furtivamente y saliendo al descansillo entrecerró la puerta a su espalda—. Vicky es muy celosa y no le gustaría ver que hablo

en mitad de la noche con una mujer con un batín tan seductor.

Emma respiró profundamente y puso los ojos en blanco. Le aliviaba descubrir que no sentía nada especial por Lawrence y que le daba lo mismo que tuviera novia.

—Veo que al menos te has aprendido su nombre. ¿Qué quieres decirme? —preguntó, frotándose los brazos para entrar en calor.

—Siento lo que te dije el otro día. Temía que no volvieras a dirigirme la palabra. Y te prometo que no había pensado en serio que sedujeras a mi padre, ¿me crees?

El corazón de Emma se apiadó de él al ver la expresión inocente con que la miraba.

—Estás perdonado —dijo—. Ahora que vas a comenzar una nueva vida no quiero que nos separemos estando enfadados.

—Gracias, Em. Si puedo hacer esto es gracias a ti. De no haber ido a ver a mi viejo no...

—No es viejo —dijo Emma, sin pensárselo.

Lawrence entornó los ojos.

—No se conserva mal para tener cuarenta y dos años, ¿verdad? —Emma pensó que aparentaba treinta y cinco. La mirada inquisidora de Lawrence le hizo reaccionar—. Las mujeres siempre lo han encontrado extremadamente atractivo, pero supongo que ser multimillonario también ayuda.

A Emma no le gustó aquel comentario ni la actitud de Lawrence y miró al suelo.

—Supongo que si al final te ha ayudado, no debe ser tan mala persona.

—¿Te has puesto de su lado? —un soterrado tono de enfado contrastó con la mirada cálida de Lawrence y Emma sintió que se le encogía el corazón.

—No me he puesto del lado de nadie —dijo, irritada—. Y tu padre no necesita que nadie le defienda.

—Me encantaría que vinieras tú conmigo en lugar de Vicky —Lawrence alargó la mano para acariciarle la mejilla—. Habríamos hecho una gran pareja. Nadie me comprende tan bien como tú.

Emma pensó con tristeza en lo errónea que era esa afirmación. Ella había sido la primera en equivocarse al juzgarlo y al considerarlo un buen amigo. Se pasó la mano por la cara como si quisiera borrar la caricia.

—Te irá mucho mejor con Vicky. Además, yo no podría ir contigo. Mi abuela está a punto de ingresar en el hospital.

—Tiene suerte de contar con una nieta tan buena y considerada.

—Tú también la querrías si llegaras a conocerla —Emma se

estremeció y apoyó la mano en la barandilla para bajar—. Me alegro de que tu padre haya decidido ayudarte —añadió, cambiando de tema. A veces se sentía desbordada por la responsabilidad de cuidar de su abuela—. Cuando te hayas instalado, puede que te haga una visita.

—Eso espero.

Emma sonrió una vez más.

—Hasta pronto. Sólo una cosa más, Lawrence ¿puedes desarrollar tu creatividad sin hacer tanto ruido?

—Claro, pequeña. Por ti haría cualquier cosa —Lawrence le lanzó un beso y entró en su apartamento.

Capítulo 4

—¡EMMA, está ahí fuera!

—¿Quién? —preguntó Emma a Liz aunque estaba casi segura de saber a quién se refería. Desde que había entrado en el restaurante a las once de la mañana, un sexto sentido la había mantenido en guardia. En aquel momento, mientras los cocineros Paul y Marco trabajaban afanosamente, miró a Liz con cara de consternación. Las piernas le temblaban.

—Debes haberlo impresionado mucho para que vuelva tan pronto. Es una pena que esté con una mujer.

Emma se obligó a respirar. No comprendía a qué estaba jugando y no tenía interés en participar en el juego. Sólo deseaba una cosa: que Piers Redfield desapareciera de su vida. Maldijo el día en que había accedido a ayudar a Lawrence.

—¿Van a comer? —preguntó con naturalidad. Liz la miró como si estuviera loca, puso los brazos en jarras y sacudió la cabeza.

—No, la gente suele ir a un restaurante al mediodía para admirar la decoración. ¿Tú qué crees?

Emma se alisó la falda con las manos. Su corazón latía a toda velocidad.

—¿Ha pedido el menú?

—Quiere que se lo lleves tú —sin añadir más, Liz le pasó dos menús—. Llévaselos. Y sonríe. No quiero que asustes a los clientes.

Emma miró a Liz con cara angustiada.

—Dile que estoy enferma o que he tenido que ir al dentista. Por favor, Liz. Dile lo que quieras pero no me obligues a hablar con él.

—¿Te ha ofendido?

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Liz dejó pasar a Marco para que alcanzara una de sus sartenes y sonrió para tranquilizar a Emma—. No es más que un hombre, cariño. Puede que tenga mucho dinero pero eso no lo hace distinto a los demás. Y en este momento quiere comer. Llévale el menú, sonríe y haz que esté contento. Puede que la semana que viene traiga más amigos, y eso sería bueno para el restaurante.

Emma no pudo poner más excusas y avanzó entre las mesas ocupadas de comensales. Piers estaba en una un poco apartada con una rubia muy atractiva, que llevaba un vestido que costaría el salario de un mes de Emma. Los dos irradiaban un aire de riqueza que atraía las miradas de los demás clientes.

Emma consiguió componer una sonrisa y entregó los menús a

Piers y a su acompañante. Después, esperó de pie junto a la mesa.

Piers la miró detenidamente con ojos maliciosos.

—¡Caramba, si es mi camarera favorita!

Emma tuvo ganas de hacer una reverencia para burlarse de él, pero Piers deslizó lentamente la mirada por su cuerpo y perdió el valor.

—Señor Redfield, ¿qué le trae tan pronto por aquí?

—¿Y tú me lo preguntas? —replicó él con sorna.

—Piers quería enseñarme este restaurante tan encantador, fuera de nuestros circuitos habituales —comentó la rubia que lo acompañaba, dedicando a Piers una sonrisa seductora—. Es una monada. Espero que la comida sea buena.

—Puede que The Avenue esté fuera de sus circuitos habituales, pero tenemos una clientela muy fiel gracias a la categoría de nuestra comida.

—¿Qué nos recomiendas? —preguntó Piers, abriendo el menú. El olor de su colonia llegó a Emma, un aroma masculino que la envolvió como un abrazo.

—¿Que qué recomiendo? —preguntó aturdida—. Depende de sus gustos.

—¿Hay pescado?

—Sí —a Emma le ardían las mejillas. No recordaba el plato del día—. Tenemos bullabesa y bacalao con Muscadet y nata. Todos los platos se sirven con una guarnición de verdura y ensalada.

Se sentía como una camarera novata en su primer día de trabajo y la irritaba estar incómoda mientras Piers parecía relajado y divertido con la situación.

—¿Caroline, te apetece el bacalao?

Emma pensó despectivamente que su acompañante estaría dispuesta a comer ojos de serpiente si él se lo pedía.

—Tomaremos el bacalao y una botella de vino —Piers mencionó el nombre de un vino blanco que Emma identificó como el más caro de la lista.

—En seguida —dijo. Y recogió los menús precipitadamente para poder marcharse lo antes posible. Pero Piers la detuvo sujetándole la muñeca—. Quiero hablar contigo más tarde. ¿Tienes cinco minutos?

Emma miró a Caroline, que se entretenía buscando algo en bolso. No supo qué decir.

—Estamos muy ocupados. ¿Puede esperar a otra ocasión?

—No.

Piers le acarició sin disimulo la mano con el pulgar y, por un

instante, Emma perdió él sentido. Él la miró como si percibiera el temblor que la recorría y ella, retirando la mano, adivinó por el brillo de sus ojos el enorme placer que sentía al ver que podía desarmarla tan fácilmente.

Para vengarse, Emma decidió concederle los cinco minutos que le había pedido. No necesitaba ni un minuto más para decirle lo que pensaba de él.

—Tenías razón, la comida es de primera. Pienso recomendar el restaurante a todos mis amigos —dijo Piers cuando salieron al patio trasero aprovechando la ausencia de su acompañante, que había ido a retocarse al cuarto de baño.

Emma lo miró con gesto impaciente. Quería dar por terminada la conversación lo antes posible.

—¿Qué es lo que quiere, señor Redfield? Ya ve que estoy ocupada. A mis jefes no les gusta que pierda el tiempo.

Él la contempló impertérrito.

—No creo que les importe que te robe por unos minutos. Saben que tengo influencias y que puedo atraer muy buena clientela.

Emma no quería estar a solas con un hombre que ejercía tal poder de seducción sobre ella con sólo mirarla. Aquellos brillantes ojos azules tenían la capacidad de hacerla sentir como si acabara de entrar en una revista del corazón dedicada a los ricos y famosos.

—Está bien —accedió, cruzándose de brazos—. ¿Por qué quería verme?

—Tengo que ir el fin de semana a trabajar a París y quiero que me acompañes.

Emma creyó haber oído mal.

—¿Perdón?

Piers pensó que era tan encantadora como hermosa. Contempló sus cálidos ojos marrones y se dijo que si no la hacía suya pronto iba a enloquecer. El hecho de que ofreciera resistencia no hacía sino alimentar el deseo que sentía por ella.

—Voy a París y quiero que me acompañes.

—¿Y cuál será mi papel?

Piers soltó una carcajada. Unas atractivas arrugas se formaron en el rabillo de sus ojos y su rostro se iluminó con una luz que acentuó sus arrebatadoras facciones.

—¿He dicho algo divertido? —Emma dejó caer los brazos desconcertada.

—Lo siento Emma, pero tienes una forma de decir las cosas muy peculiar —Piers se acercó a ella hasta obligarla a mirarlo a los ojos. El varonil aroma de su colonia la envolvió en una nube—. ¿Cuál crees que será tu papel? —preguntó insinuante.

Emma tuvo un ataque de pánico al comprender el significado de la invitación. Piers Redfield, uno de los más codiciados solteros del mundo de los negocios, quería llevarla a París para seducirla. La situación era tan absurda que por unos segundos creyó estar soñando.

—Creo que ha invitado a la mujer equivocada —dijo, sonrojándose—. ¿Recuerda que ha venido al restaurante acompañado?

—¿Te refieres a Caroline? No es mi novia sino la mujer de mi mejor amigo. Estaba sola y la he invitado a comer —dijo Piers, y calló que la había llevado con la esperanza de despertar los celos de Emma.

—Muchas gracias por la oferta pero no puedo aceptarla. Espero que se lo pase bien.

Emma fue a entrar en el comedor y Piers perdió la paciencia.

—¿Me has mentido respecto a Lawrence? —preguntó amenazadoramente al tiempo que le sujetaba con fuerza la muñeca.

—¿A qué se refiere? —el corazón de Emma latió con violencia. Giró el brazo para que Piers la soltara pero no lo consiguió.

—¿Estás enamorada de él?

—¡Claro que no! Para su información, señor Redfield, no me interesa ningún hombre. Sólo causan problemas y yo ya tengo bastantes.

El tono de angustia que acompañó a aquellas palabras sacudió a Piers como una descarga eléctrica. Soltó a Emma bruscamente y advirtió, avergonzado, que se frotaba la mancha roja que sus dedos habían dejado sobre su pálida muñeca.

—Lo siento —su rostro se tensó en un gesto de arrepentimiento sincero—. No quería hacerte daño, perdóname.

A Emma le dio rabia sentir ganas de llorar.

—No importa. Me quedan marcas con mucha facilidad.

—¡Claro que importa! La gente pone demandas por cosas de menor importancia. Lo sé por propia experiencia.

Emma tragó saliva y al ver la expresión sombría de Piers se dijo que debía estar harto de que la gente intentara sacarle dinero. Para un hombre de su posición tenía que ser difícil saber quiénes eran sus verdaderos amigos.

—Yo no pienso ponerle una demanda, así que no hace falta que

se preocupe —alargó mecánicamente la mano hacia el brazo de Piers y se quedó paralizada al sentir la fuerza hercúlea de sus músculos a través de la camisa.

Alzó la mirada hacia sus ardientes ojos azules y un segundo más tarde estaba en sus brazos. La boca de Piers reclamó la suya y le dio un beso apasionado y salvaje que fundió los huesos de Emma e hizo que la cabeza le diera vueltas. La presión de sus labios y después su lengua en el interior de su boca la quemaron como llamaradas de fuego. Golpeó el pecho de Piers sin convicción para que la soltara, pero sus sentidos se dejaron arrastrar por la voluptuosidad de aquel beso robado.

—¡Suélteme! —consiguió decir, pero al mismo tiempo sus dedos se aferraron a las solapas de la chaqueta de Piers. Su mente le decía una cosa pero su cuerpo hacía la contraria. Al notar la prueba de la excitación de Piers en el vértice de sus muslos se apoderó de ella un deseo abrasador y todo su cuerpo reaccionó con una pasión de la que no se sabía capaz. Ésa no era la Emma Robards que conocía. Aquel hombre conseguía que traspasara los límites y perdiera su mesura y comedimiento habituales.

Piers acarició sus labios por última vez y se separó de ella con un estremecimiento. Se enderezó la corbata con una sonrisa complacida en los labios y tiró de los puños de la camisa para reajustar los gemelos.

—Sabes más dulce que el helado que he tomado de postre. Nunca he sido especialmente goloso, pero contigo estoy dispuesto a hacer las excepciones, que hagan falta.

Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre con los colores y el logotipo de una conocida línea aérea.

—Ven a París —dijo con ojos chispeantes al tiempo que se lo daba a Emma—. Te esperaré en la sala VIP del aeropuerto el sábado a las siete en punto.

Emma continuaba mirando el sobre perpleja varios minutos después de que Piers se marchara.

Después de hacer y deshacer la maleta varias veces, Emma se sentó desesperada en la cama y decidió llamar a Liz.

—¿Cómo que no sabes si debes ir? —preguntó en tono irritado la usualmente apacible voz de Liz.

La jefa y amiga de Emma se había entusiasmado al conocer la noticia y le había animado a aceptar la invitación. Pero Emma sentía más pánico que entusiasmo. Enredó un mechón del cabello

en el dedo y fijó la mirada en el suelo. No conseguía entender qué interés podía tener en ella un hombre como Piers. Estaba acostumbrada a que los hombres le contaran sus problemas y a que, ocasionalmente, intentaran seducirla. Y por más que hubiera respondido apasionadamente al beso de Piers, eso no la convertía en el tipo de mujer con la que él solía salir. Ella no sabía nada de sofisticación ni de modales mundanos.

—Liz, no lo conozco.

—Pero le gustas. Y es un hombre de negocios respetable. ¿Acaso crees que le dejaría acercarse a ti si no me fiara de él? No tienes nada que temer.

Emma se reservó la opinión contraria. Desde que Piers la había besado tenía la sensación de que su mundo había cambiado y de haber descubierto una nueva dimensión de la realidad.

—No tenemos nada en común.

—Yo no estaría tan segura.

—Me gustaría que dejaras de animarme.

—Emma, tienes que vivir un poco. Eres una chica maravillosa. No puedes limitarte a ser camarera y a cuidar de tu abuela. Tienes que aprovechar esta oportunidad. Acabo de hablar con Fleur y está encantada. Quiere que la llames en cuanto llegues al hotel.

«El hotel», pensó Emma. Ese era otro de los problemas. Si iba a París estaba accediendo a acostarse con Piers y sólo pensarlo le daba pánico. Hasta aquel momento de su vida su experiencia con los hombres había sido muy limitada y nunca le había importado. Pero tampoco había sentido antes un deseo tan irresistible y devastador como una fuerza de la naturaleza. ¿Cómo podía ser que estuviera considerando la idea de viajar con Piers? Tal vez porque si era sincera consigo misma, también ella tenía ciertas necesidades… femeninas. Pero albergar aquellos pensamientos era un disparate, ¿cómo iba a pasar un fin de semana con un hombre tan poderoso y sofisticado?

Fleur. Ella sería el salvavidas al que agarrarse si algo iba mal. Recordar que su amiga estaría cerca le ayudó a ver las cosas desde otra perspectiva.

—Tienes razón —dijo a Liz—. Debo ir.

—Lo vas a pasar fenomenal. Y si nos necesitas a mí o a Adam, sabes que puedes llamarnos.

—Muchas gracias, Liz.

—¿Le has dicho a tu abuela que te marchas?

Emma desenredó el dedo del cabello y garabateó sobre la mesilla.

—Está encantada. Pam, la vecina que suele ir a verla entre semana, me ha dicho que se ocupará de ella.

—¿Ves? Tu abuela te adora y también ella quiere que lo pases bien.

—Entonces, hasta el lunes, Liz. Llegaré al restaurante por la tarde.

—Si cambiaras de planes, basta que llames para que alguien te sustituya.

Piers miró la hora y frunció el ceño. Un segundo más tarde volvió a mirarla. Se paseaba por la sala VIP como un padre a la puerta del paritorio y los demás pasajeros lo miraban con curiosidad. ¿Iría o no iría? Habían pasado tres días y no había recibido noticias de ella. Tampoco había llamado para decir que no pensaba acudir, así que todavía cabía la posibilidad de que lo hiciera.

Sin embargo, a medida que transcurrieron los minutos y se aproximó la hora de partida del vuelo, Piers empezó a perder la esperanza. Y el hecho de que nunca le hubiera pasado algo así con una mujer le resultó irritante. Lo hacía sentirse vulnerable y ése era un sentimiento desconocido para él.

El recuerdo del voluptuoso cuerpo de Emma entre sus brazos hizo que se le tensaran los hombros y tuvo que apretar los labios para contener un juramento. El sabor a néctar de sus labios había estado a punto de hacerle perder la cabeza y la mezcla de control y entrega apasionada con la que había reaccionado le había resultado irresistible y excitante.

Tenía que admitir que aquel viaje iba a resultar mucho menos interesante, incluso aburrido, si Emma no se decidía a acompañarlo. París era la ciudad de los amantes, no de los hombres de negocios con síntomas de frustración sexual. Miró hacia el pasillo a través de las puertas de cristal y vio acercarse a su chofer, Miles. Haciéndose a la idea de que iba a recibir una mala noticia, Piers lo saludó con un movimiento de cabeza cuando entró.

—La señorita Robards acaba de facturar, señor Redfield. Una azafata la traerá hasta aquí.

—Gracias, Miles —Piers sonrió aliviado y por primera vez en muchas horas consiguió relajarse.

Para no dar muestras de ansiedad, decidió sentarse, abrió el periódico y se puso a leer mientras esperaba a que Emma apareciera.

Capítulo 5

EMMA caminaba junto a la azafata hacia la sala VIP con el corazón palpitante. Durante el viaje al aeropuerto había seguido debatiéndose entre ir o no ir a París. Finalmente, había decidido seguir el consejo de Liz y vivir la experiencia. Pero al ver a Piers levantarse para recibirla estuvo a punto de salir corriendo.

No lograba comprender por qué aquel hombre tenía la capacidad de hacerla sentir a un mismo tiempo anhelante y ansiosa, ni por qué sus ojos azules parecían tener el poder de leer en su interior. Todo en él resultaba apabullante, sus trajes a medida, elegantes y discretos, el aire de poder que emanaba...

Emma lanzó una ojeada al jersey negro y a la falda que llevaba debajo del abrigo beige que había comprado en las últimas rebajas y se preguntó si su aspecto estaría a la altura de su acompañante. También a ella le gustaba la ropa de marca, pero el sueldo de una camarera no daba para comprarla.

Piers la recibió con una sonrisa.

—Veo que te has decidido a venir —comentó. Y vio que las mejillas de Emma se coloreaban.

—Todavía no sé por qué —replicó ella con labios temblorosos.

Piers sintió que su sangre se aceleraba. La expresión joven e inocente de Emma le hacía recordar a una asustadiza gacela y pensó que debía tener cuidado de no espantarla. Él era un hombre experimentado y ella poco más que una niña. Que hubiera tenido el coraje de entrar en su despacho no significaba que estuviera preparada para enfrentarse a situaciones intimidatorias. Tendría que ir con pies de plomo pero eso no iba a disminuir el placer de introducirla a los placeres de una de las ciudades más maravillosas del mundo.

—¿Has estado alguna vez en París?

—Sí. Ayudé a mudarse a mi amiga Fleur cuando empezó a trabajar para una compañía de diseño de ropa, pero estuvimos tan atareadas que apenas quedó tiempo para ver la ciudad. Siempre he querido volver.

—Me alegro. Yo tendré que trabajar un poco, pero Miles, mi chofer, viajará con nosotros y estará a tu disposición. En cuanto acabe con lo que tengo que hacer, seré todo tuyo.

Emma pensó que si Piers quería tranquilizarla había conseguido el efecto contrario. Intentó sonreír pero estaba demasiado nerviosa.

—Gracias por ofrecerme tu coche. ¿Te importa que vaya a visitar a mi amiga?

—Querida, Miles te llevará donde quieras y te esperará para traerte de vuelta al hotel. Sólo te pido que no estés fuera demasiado. Estoy deseando pasar tiempo contigo —Piers acompañó sus palabras con una caricia en la solapa del abrigo de Emma y ésta sintió que le temblaban las piernas.

Con sólo rozarla conseguía despertar un torbellino de sensaciones que la recorrían de arriba a abajo. ¿Cómo iba a poder sobrevivir a un fin de semana de intimidad con él? Y lo que era aún más preocupante, ¿podría volver a su vida normal después del vuelco que su vida iba a experimentar a lo largo de aquellos días?

Emma contempló boquiabierta y fascinada el vestíbulo del lujoso hotel, los suelos de mármol, las arañas de cristal, los muebles Luis XV… Mientras Piers rellenaba la ficha de entrada, miró a su alrededor como una niña que acabara de entrar en un cuento de hadas y se preguntó si los demás clientes notarían lo poco acostumbrada que estaba a sitios tan opulentos. Sólo ella parecía nerviosa y fuera de lugar. Piers se desenvolvía con toda naturalidad pero seguía destacando por su aristocrática elegancia. La joven que lo atendía en recepción no era inmune a sus encantos y le sonreía coquetamente.

Tampoco lo era Emma. Durante el vuelo no había podido dejar de pensar que iba con el hombre más atractivo que había visto en su vida rumbo a la ciudad más romántica del mundo, y no había parado de preguntarse, mirando por la ventanilla, qué más sorpresas le depararía la fortuna.

—Emma.

Emma se sobresaltó, levantó la maleta del suelo y se acercó a Piers caminando sobre sus incómodos zapatos nuevos de tacón.

—Deja la maleta —la instruyó él—. El botones la llevará a nuestra suite.

Puso la mano en la cintura de Emma y ésta lo contempló durante una fracción de segundo con cara de pánico al oírle decir «nuestra suite».

—¿Estás bien?

—Sí. Este sitio es maravilloso.

En aquel momento Piers sólo pensaba en lo maravillosa que era Emma. Su piel de porcelana, sus delicados rasgos y su elegancia natural le resultaban de una belleza irresistible. El vuelo no había hecho más que intensificar la atracción que sentía hacia ella. Había tenido que trabajar en su ordenador portátil casi todo el tiempo y

Emma, en lugar de interrumpirlo con comentarios intrascendentes como hubieran hecho la mayoría de mujeres que conocía, se había distraído mirando relajadamente por la ventanilla. Incluso cuando habían charlado un poco mientras desayunaban, Piers se había dado cuenta de que no era del tipo de mujer que exigía una atención constante. Era muy discreta y reservada para su edad y le resultó fácil comprender que Lawrence hubiera confiado en ella.

—Vamos a la suite. Después de refrescarme he de trabajar unas cuantas horas. Me temo que tendrás que entretenerte sola. Cuando vuelva, podremos ir juntos a dar un paseo.

Nada gustaba más a Emma que pasear en un frío pero soleado día de invierno, y hacerlo en una ciudad tan cosmopolita y romántica como París era como un sueño hecho realidad.

—Me encantará —dijo, y se ruborizó instantáneamente bajo la atenta mirada de Piers. No sabía cómo disimular su turbación.

—Bien —dijo Piers.

No había palabras para describir la suite que el hotel les había asignado. Piers se desabotonó la chaqueta y se aflojó la corbata sin tan siquiera parpadear. Era evidente que estaba acostumbrado a escenarios como aquél. Emma, por el contrario, se quedó paralizada junto a la puerta y fue deslizando su mirada asombrada por los sillones de orejas dorados que había a cada lado de la chimenea de mármol, las antigüedades, los cuadros... Parecía un museo y de pronto se sintió como una niña adentrándose en la cueva de Alí Baba. Casi pudo escuchar la voz de su madre diciéndole: «Puedes mirar pero no tocar».

—¿Por qué no te quitas los zapatos y descansas un rato? —comentó Piers.

Los tacones que llevaba estilizaban aun más sus magníficas piernas, pero Piers tenía la impresión de que no era su calzado habitual y de que la estaba matando. Ella sonrió tímidamente y, tras quitárselos, puso cara de felicidad. Piers sintió instantáneamente una oleada de deseo que le calentó la ingle, y tuvo que darse la vuelta para ocultar su excitación. Lo último que le apetecía en aquel momento era ir a una reunión que duraría horas en lugar de aprovechar el mayor tiempo posible con Emma... en la cama. Si la decisión hubiera dependido de él exclusivamente, se olvidarían de París y pasarían los días siguientes en aquella suite. Pero en lugar de eso, tendría que ir a la reunión y pedirle a Miles que llevara a Emma de visita turística.

—Me has leído el pensamiento —dijo Emma, caminando descalza por el suelo de mármol.

—Si pudiera hacerlo, mi vida sería mucho más sencilla, te lo aseguro.

—Siento que tengas que trabajar —Emma se avergonzó de haber dicho en alto lo que pensaba y se dio la vuelta para esquivar la mirada de Piers.

—No creo que lo sientas ni la mitad que yo, cariño. Pero prometo compensarte por mi ausencia más tarde.

Emma sintió sus músculos en tensión al ver la mirada de deseo con la que Piers la contemplaba.

—Te aconsejo que te pongas unos zapatos más cómodos —añadió él antes de dirigirse hacia la puerta a la que el botones se había referido como el dormitorio—. Miles tiene órdenes de llevarte donde quieras y de pagar cualquier cosa que necesites. Sólo pongo una condición.

Emma arqueó las cejas.

—¿Cuál?

—Que lo pases bien —y antes de que Emma pudiera decirle que no pensaba gastar su dinero, Piers desapareció tras la puerta y la cerró.

Miles resultó ser un compañero ameno y divertido. Conocía bien la ciudad, incluidas las calles y los rincones menos transitados por turistas. Cuando Emma le dijo que le ponía nerviosa subir a la torre Eiffel, se ofreció a acompañarla. Emma no se atrevió a mirar hacia abajo mientras subían por el encaje de hierro de la torre en un ascensor de cristal, pero al llegar a lo alto no pudo dejar de admirar la vista panorámica que se divisaba.

—¿Qué le parece? —preguntó Miles, jovial.

—¡Es fantástico! —Emma respiró profundamente. Tenía los ojos brillantes y Miles la contempló con aprobación. No era difícil comprender que su jefe se sintiera atraído por aquella joven dama. Era tan bonita como un retrato y estaba llena de vitalidad, no como algunas de las otras amigas de Piers, con sus aires de superioridad. Miles era feliz trabajando para el hombre del que los periódicos hablaban como un genio de los negocios, y estaba seguro que iba a disfrutar especialmente de aquel viaje gracias a la amable y dulce Emma Robards.

Emma comió con Fleur en un restaurante bullicioso cerca del hotel en el que se alojaban. Las dos amigas se abrazaron y se besaron con entusiasmo y Fleur le puso al día de lo que había pasado en su vida desde la última vez que se habían visto.

—Ahora te toca a ti —dijo al cabo de un rato—. Sobre todo quiero que me hables del hombre con el que has venido. Mamá dice

que es espectacularmente guapo, millonario y soltero y que ha ido a buscarte al restaurante dos veces. Esas cosas no pasan todos los días, así que tienes que contármelo todo.

—Fleur, la verdad...

—¿Por cierto, dónde os alojáis? Supongo que en un hotel de lujo —cuando Emma lo nombró, Fleur dejó escapar un silbido—. Se ve que además de dinero, tiene buen gusto. Hace falta una fortuna para reservar habitación en ese hotel.

Emma bebió un poco de agua para intentar contrarrestar la oleada de calor que sintió. A Fleur no parecía importarle que hubiera ido a París con un hombre al que apenas conocía. Durante unos segundos se preguntó cómo era posible que se hubiera dejado llevar por el impulso de aceptar la invitación. Pero al pensar en Piers, tuvo que apretar los muslos y dejar de negar la evidencia. Se había dejado llevar por el deseo. Aunque la idea la aterrorizara, era obvio que había ido a París para dejar que Piers Redfield la sedujera.

—Es... muy agradable —balbuceó, consciente de que era el adjetivo menos apropiado para describirlo.

Tampoco Fleur pareció muy convencida.

—¿Agradable? —hizo una mueca—. Hubieras sido una gran espía. Un sordomudo me daría más información que tú. Vamos, Em. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Cómo os conocisteis? Y lo más importante, ¿qué sientes por él? Te advierto que si no me respondes no pienso darte el precioso vestido negro que he comprado para ti.

—¡De verdad! ¡No deberías haberte molestado, Fleur! —emocionada por la generosidad de su amiga, Emma vio una bolsa a los pies de su silla en la que no había reparado hasta entonces.

—No será tuyo si no me lo cuentas todo inmediatamente.

Pasaron pocas horas antes de que Emma se declarara completamente enamorada de la ciudad.

Después de dejar a Fleur, le pidió a Miles que la llevara al Louvre e insistió en que la acompañara a visitarlo. Juntos contemplaron con admiración la Mona Lisa y pasaron más de tres horas recorriendo las galerías del museo, hasta que Emma pensó que sus pies no la sostendrían ni un minuto más. Miles sugirió llevarla al hotel para que esperara allí a Piers, y aunque Emma hubiera querido retrasar ese momento, tuvo que admitir que necesitaba reposar un rato.

Al entrar en la suite, se le paró el corazón al ver a Piers leyendo

una revista en un sillón. Sus cristalinos ojos azules se posaron en ella de inmediato y Emma se sintió instantáneamente atrapada por su mirada.

—Hola —saludó con timidez—. No esperaba que volvieras tan pronto. ¿Qué tal ha ido la reunión?

Sus mejillas estaban sonrosadas por el aire fresco, su cabello alborotado y sus ojos abiertos como los de una niña a la que acabaran de encontrar en un lugar que le estaba prohibido. A Piers le bastó ver aquel rostro angelical para sentirse inmediatamente excitado. No había dejado de pensar en ella durante toda la reunión y el deseo de tenerla para sí el resto del fin de semana no había hecho sino aumentar.

Se puso en pie y, sin apartar los ojos de ella, se quitó la corbata y se desabrochó el chaleco.

—La reunión ha sido muy aburrida, pero necesaria —dijo, encogiéndose de hombros y aproximándose a Emma lentamente—. ¿Te ha gustado París? ¿Qué has estado haciendo?

Emma sonrió nerviosa.

—Lo he pasado maravillosamente. Miles y yo hemos subido a la torre Eiffel y hemos ido al Louvre. Es espectacular, Piers. Sólo he vuelto porque estaba agotada.

Contuvo el aliento cuando Piers la ayudó a quitarse el abrigo. Emma dejó caer la bolsa con el vestido que le había regalado Fleur.

—Quítate los zapatos y ven a sentarte conmigo. ¿Dónde ha ido Miles? —Piers dejó el abrigo sobre un sillón y se volvió para admirar la figura de Emma. Al acercarse a ella había aspirado la seductora fragancia de su perfume y había tenido que dominarse para no dejarse llevar por su libido. Nunca se había sentido instantáneamente excitado por una mujer.

Emma se cruzó de brazos y esquivó la mirada de Piers, pero los ardientes ojos azules de éste volvieron a atraer a los suyos como dos imanes. Tenían la capacidad de elevar la temperatura de su cuerpo como si cada vez que la mirara estallara en su interior una bomba de energía. Mirando a Piers, se dijo que era más espectacular que cualquier vista de París y una vez más, se preguntó si no estaría soñando. ¿Qué hacía la vulgar Emma Robards con un hombre tan atractivo y poderoso como aquél?

Una voz interior le advirtió de que le rompería el corazón, pero Emma era consciente de que eso ya no tenía solución.

—Miles ha ido a su habitación. Me pidió que te dijera que le llames si le necesitas.

Piers se acercó al teléfono abstraído y levantó el auricular:

—Bonjour.

Emma sabía poco francés, pero el suficiente como para comprender que Piers solicitaba no ser molestado en las siguientes horas. Su corazón se aceleró de forma alarmante y contempló a Piers como si esperara una explicación.

—¿Necesitas algo? —preguntó él con una mirada tan intensa que Emma se quedó paralizada.

Levantó los hombros con expresión desconcertada.

—¿Que si necesito algo? —balbuceó—. ¿A qué te refieres?

—Está bien. Prueba a hacerme esa misma pregunta.

Intuyendo cuál sería la respuesta de Piers, Emma se pasó una mano nerviosa por el cabello.

—¿Necesitas algo, Piers?

Él asintió sacudiendo lentamente la cabeza y clavó una mirada ardiente en ella.

—Sí cariño. Necesito tocarte desesperadamente.

Capítulo 6

EMMA fue hacia la puerta del dormitorio sin saber muy bien qué hacía.

—¿Te importa que vaya a deshacer el equipaje? —dijo, titubeante.

—Ya se ha ocupado el servicio del hotel —Piers siguió a Emma entre frustrado y molesto hasta el dormitorio. La mayor parte del espacio la ocupaba una enorme cama con dosel y lujosos cortinajes dorados y rojos. Ella se volvió con expresión de alarma.

—¿Has llamado para que deshicieran mi maleta?

No le agradaba la idea de que una desconocida hubiera tocado sus cosas.

—He pensado que no querrías que se te arrugara la ropa.

—Gracias —la explicación de Piers era de una lógica irrebatible, pero eso no tranquilizó a Emma.

—¿Por qué huyes de mí?

—¡No estoy huyendo!

Al ver el bello rostro de Emma palidecer, Piers sonrió. Aquella mujer poseía una explosiva e irresistible mezcla de belleza e inocencia. Era como una bocanada de aire fresco.

—¿Te asusto? —preguntó.

—No, digo sí... No lo sé —balbuceó Emma. No conseguía comprender por qué Piers la convertía en una temblorosa gelatina. En su trabajo se enfrentaba ocasionalmente a borrachos que la consideraban incluida en el menú y siempre los ponía en su sitio con una amable firmeza. Pero sólo pensar en la posibilidad de hacer el amor con Piers Redfield le nublaba el sentido.

—No quiero asustarte, Emma. Sólo quiero que nos conozcamos un poco mejor. ¿Qué te parece?

Emma se sintió como si estuviera a punto de tirarse de un avión sin paracaídas. Piers se acercó a ella y su colonia la envolvió en una nube de virilidad y excitación sexual. Su masculino mentón, oscurecido por una barba incipiente y el ardor de su mirada encendieron un fuego abrasador en su interior.

Emma se preguntó si alguien sería capaz de oponerse a un avance tan lleno de sensualidad. Ella tenía muy poca experiencia. Richard, el profesor de economía con el que había tenido un romance, solía decir que adoraba su inocencia, pero dudaba que Piers pensara lo mismo.

Su vientre se contrajo cuando Piers posó una mano sobre su cadera y la atrajo suavemente hacia sí. Sus senos quedaron

presionados contra el poderoso pecho de Piers y al alzar la mirada hacia su rostro, sus alientos se mezclaron.

—Llevo todo el día pensando en besarte —confesó él en un susurro.

Emma estuvo a punto de decir que ella también pero no pudo articular palabra. Sólo era capaz de pensar en las cosas que quería que Piers le hiciera. Sin darse cuenta de lo que hacía, aproximó sus labios a los de él. Eran firmes y suaves, y rozarlos causó un primitivo estallido de sensaciones en ella.

—No soy un escolar —susurró Piers, asiéndole las caderas con firmeza—. Bésame de verdad.

Emma obedeció sin pensárselo y entreabrió los labios con un suspiro. Él exploró su boca con su lengua y, subiéndole la falda, metió la mano suavemente bajo sus medias. La reacción de Emma fue instantánea. Una erótica y cálida llamarada se propagó por su cuerpo tembloroso.

Su húmedo néctar provocó una erección casi dolorosa en Piers. Pero aunque la química sexual que había entre ellos era innegable, algo le indicó que Emma, a pesar de su inmediata reacción física, era mucho más inocente que cualquier otra mujer con la que hubiera mantenido relaciones hasta entonces. La forma en que se estremecía entre sus brazos confirmó sus sospechas al tiempo que exacerbaba su deseo. Seducirla a pesar de su falta de experiencia convertiría su triunfo en una victoria sobre ella y sobre Lawrence. A pesar de que Emma lo había negado, estaba seguro de que su hijo había intentado hacerle el amor. Ningún hombre podría resistirse a sus encantos…

—¿Piers?

—Sí —respondió él. Separando sus labios de los de ella a regañadientes, contempló su bello rostro.

Emma tenía la mirada borrosa y los labios húmedos. Se bajó la falda y lo miró con expresión nerviosa.

—Creo que vas demasiado rápido para mí —balbuceó, sonrojándose violentamente.

Piers le levantó el mentón para obligarla a mirarlo.

—¿De qué tienes miedo, Emma? Ya sabías para qué te había invitado a venir a París. Ella se mordió el labio inferior y su silencio lo llenó de frustración—. ¿Cuánta experiencia tienes?

Emma sintió que el pánico le agarrotaba la garganta.

—Si lo que quieres saber es si soy virgen, la respuesta es «no».

Sus palabras no lograron tranquilizar a Piers. Se alejó cabizbajo y volvió junto a ella sin saber qué decir. Le costaba creer que Emma

no se diera cuenta del deseo que despertaba en él. Pero para que sus planes no se complicaran, tenía que asegurarse de que comprendía la situación.

—¿Quieres decir que no haces esto muy a menudo?

Emma lo miró con ojos muy abiertos.

—Mi última relación fue hace seis años y duró tres meses, el tiempo que tardé en descubrir que él estaba casado y tenía hijos. Así que si pensabas que era una mujer fatal, siento desilusionarte. Supongo que te arrepientes de haberme invitado.

—Al contrario. Sólo quiero aclarar las cosas antes de que sigamos adelante. No quiero que creas que éste es el comienzo de algo más... estable.

Emma intentó acallar el sonido de su palpitante corazón para pensar si en el fondo no habría albergado la esperanza contraria.

Hasta aquel momento no había tenido el menor interés ni en formar una pareja ni en tener relaciones sexuales esporádicas. Perder el control tan rápidamente con Piers, la había asustado. Pero que sus relaciones sexuales con Richard hubieran sido frustrantes no significaba que tuviera que pasarle lo mismo con Piers. Sus besos la habían excitado más que todas las torpes caricias de Richard. Era una mujer adulta y tenía derecho a disfrutar de su sexualidad. Aun así, llevaba tanto tiempo reprimiéndola que temía sufrir si se dejaba llevar por sus instintos. Piers estaba tratándola como a una adolescente inmadura, desconocedora de las reglas del juego entre adultos. Había sido un error aceptar su invitación. Lo mejor sería hacer la maleta y marcharse.

—Sé perfectamente a lo que te refieres, Piers. No soy tan inocente como piensas. Me has traído a París para acostarte conmigo. Ni soy el tipo de mujer con el que sueles salir ni pertenezco a tu círculo social, así que después de este viaje no volveremos a vernos. ¿Es eso lo que quieres decirme?

Con cualquier otra, Piers se hubiera sentido aliviado de que viera las cosas con tal claridad. Pero al escuchar a Emma sintió un inquietante remordimiento. El dolor y la angustia que percibió en su mirada despertó en él el deseo de conocer un poco más a la mujer que había invitado a París. Se sentó en la cama y se pasó las manos por el cabello.

—Que seas camarera no tiene nada que ver con esto. No tengo el menor interés en comprometerme, eso es todo. Ya estuve casado en una ocasión, con la madre de Lawrence, Naomi, y fue una auténtica tortura. Desde entonces mis relaciones con las mujeres son cortas y sin complicaciones —sus labios se contrajeron en una

mueca de dolor que enterneció a Emma—. Pero te aseguro que jamás te forzaría a hacer lo que no quieres. Si decides marcharte, no te detendré. Tienes un billete de vuelta a Londres y Miles te llevará al aeropuerto en cuanto se lo pidas. Así que tú decides, Emma, ¿qué quieres hacer?

Emma se dijo que podía comprender que Piers no quisiera mantener una relación. Tampoco ella lo deseaba. Él sólo pretendía satisfacer una necesidad física. Muchos hombres y mujeres llegaban a acuerdos de ese tipo, y ella no sería la primera joven seducida por un hombre más maduro y poderoso sin más interés en ella que el puramente sexual. Respiró hondo y se dijo que había llegado el momento de actuar como una adulta, tragarse su herido orgullo y entregarse a la magia de una ciudad como París. ¿Qué tenía de malo actuar de esa manera?

—Siento haber... cortado de una manera tan brusca. Estaba... desbordada —balbuceó y se llevó una mano temblorosa a la garganta—. Si no te importa..., me gustaría quedarme.

—Si me importara no te habría invitado a venir, ¿no crees?

—Supongo que no —dijo Emma con un hilo de voz.

—Entonces, ¿por qué no vienes a mi lado y hablamos?

—¿Hablar?

—Sí. ¿No sabes lo que esa palabra significa?

Emma miró a Piers con sus grandes ojos llenos de aprensión y él maldijo para sus adentros. ¿Acaso temía que la asaltara?

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó Emma sin moverse de su sitio.

—De ti —Piers respiró hondo para dominar su frustración—. ¿Estabas enamorada del hombre casado?

—No.

Emma no titubeó al recordar la falta de pasión que había caracterizado, al menos por su parte, la relación con Richard. Había caído en sus brazos apenas tres meses después de la muerte de su madre, cuando se encontraba frágil y desconsolada. Que el hombre en cuestión hubiera resultado ser un mentiroso y un farsante había sido una mala suerte, pero la separación en sí había sido más decepcionante que dolorosa.

—¿No?

—No me gusta hablar del tema.

—¿Y en seis años no has tenido ni siquiera algún amante ocasional?

Emma mantuvo la mirada fija en el suelo.

—Es evidente que nos movemos en mundos muy diferentes —

dijo finalmente—. Este tipo de relaciones son habituales para ti, pero no para mí.

Piers no daba crédito a sus oídos. Sólo cabían dos posibilidades: o que todos los hombres estuvieran ciegos o que Emma creyera en sueños románticos y estuviera esperando a su Príncipe Azul.

—Puede que no quiera casarme —dijo él, levantándose y caminando hacia ella—, pero siento un gran respeto por las mujeres. Mi trabajo es muy exigente y a veces paso meses solo. No puedo evitar que me guste la compañía femenina.

Un silencio cargado de significado cayó sobre ellos. Emma fue a retirarse el cabello de la cara, pero Piers se adelantó. El roce de sus dedos hizo que el corazón de Emma se acelerara.

—Quiero hacer el amor contigo, Emma, pero sólo cuando tú lo desees. Siento haber actuado precipitadamente —Piers le dio un leve beso en los labios y sonrió—. ¿Qué tal tienes los pies? ¿Podrías dar un paseo hasta un encantador café que está cerca de aquí?

Emma sintió una mezcla de alivio y desilusión. Si no hubiera reaccionado como un conejillo asustado, en aquel momento Piers y ella estarían en la cama, «conociéndose mejor». En lugar de eso, estaban tensos y alterados.

—Me parece una gran idea. Voy a cambiarme de zapatos —respondió.

Piers aprovechó para cambiarse y mientras lo hacía, se preguntó si estaría perdiendo su famoso poder de seducción con las mujeres. De otra manera, le costaba comprender por qué iba a salir a tomar algo con una hermosa joven en lugar de llevarla directamente a la cama.

Emma sintió una extraña alegría cuando Piers le tomó la mano de camino al café. Otorgaba a cada uno de sus detalles una intensidad que no lograba comprender. De pronto, las calles por las que iban y la gente con la que se cruzaban parecían llenas de vida y color en comparación con su monótona y gris vida diaria. Miró a Piers de soslayo y se preguntó cómo sería vivir junto a un hombre como él.

Que aquella idea se le pasara por la cabeza la desconcertó. ¿Qué estaba pensando? Ella no necesitaba un hombre, ni mucho menos un marido. Prefería continuar con su apacible vida de soltera a poner sus esperanzas en la supuesta seguridad de un matrimonio que, como todos, estaba abocado al fracaso. A pesar de todos los años que habían transcurrido, cada vez que recordaba cómo su padre había abandonado a su madre y, en consecuencia a ella, Emma sentía un intenso dolor.

—¿Emma?

—Perdón, estaba distraída.

—Hemos llegado.

Estaban en el boulevard St. Germain, delante de un gran café con sombrillas verdes y doradas, famoso por haber sido en el pasado, según le había contado Piers, lugar de encuentro de escritores y pensadores como Sartre o Beauvoir. Emma miró a su alrededor con admiración y al imaginarse aquel lugar en su época de mayor esplendor, sintió una corriente de placer recorrerle la espalda.

Un camarero los acompañó hasta una mesa en la esquina de la terraza. Cuando se marchó, Piers se desabrochó la chaqueta, se apoyó en el respaldo de la silla y contempló a Emma con una sonrisa seductora.

—¿Qué te parece París hasta el momento?

—Tan maravilloso como lo imaginaba. La Mona Lisa es increíble.

—Estoy de acuerdo. Una cosa es conocerla por las postales y otra muy distinta verla al natural.

—¿Te gustaría que fuéramos juntos al Louvre? —preguntó animadamente Emma.

Al ver que Piers no contestaba de inmediato, se arrepintió de haber sido tan impetuosa. Su carencia de sofisticación y su inmadurez debían resultarle insoportables.

Él percibió su inquietud y para calmarla, se inclinó hacia adelante y le tomó la mano.

—Podemos hacer muchas otras cosas juntos. París ofrece miles de posibilidades.

Emma bajó la vista hacia su poderosa mano y tuvo un ataque de pánico al recordar que entre ellos había un abismo infranqueable. Él lo había conseguido todo dentro de su profesión. Ella ni siquiera tenía una carrera, y mientras su abuela la necesitara, no podría considerar la posibilidad de cambiar el rumbo de su vida. Toda su energía debía volcarse en conseguir que su adorada abuela viviera lo más confortablemente posible. Y además, para atreverse a cambiar, se necesitaba una confianza en uno mismo que estaba muy lejos de sentir. Llevaba cinco años ocupándose de su abuela y había tenido muy poco tiempo para pensar en sí misma.

Liberó su mano y bajo la vista con timidez.

—Cuando algo me gusta me dejo llevar por mi entusiasmo. Supongo que te resulta muy infantil.

—En absoluto —Emma miró a Piers y descubrió que le sonreía

con franqueza—. De hecho, lo encuentro absolutamente encantador.

Capítulo 7

EL CAMARERO llegó en ese momento con café y pastas, y Emma respiró aliviada. Cuanto más tiempo pasaba junto a Piers, más sensible estaba. Por más que se dijera que al volver a Londres aquella aventura habría terminado, la absurda esperanza de que las cosas no sucedieran necesariamente así iba haciéndose un hueco en su corazón.

—Háblame de ti —preguntó Piers, amigablemente—. ¿Cuánto tiempo has trabajado de camarera?

—Seis años —Emma tomó una de las pastas y le dio un pequeño mordisco. Estaba segura de que Piers encontraría su aparente falta de ambición extremadamente aburrida.

—Si llevas tanto tiempo debe ser que te gusta.

Emma lo miró con tal intranquilidad que Piers se enfadó consigo mismo por haberse expresado con tan poca delicadeza. Al contrario de lo que podría pensar mucha gente, que Emma hubiera conservado el mismo empleo durante seis año era para él una prueba de su lealtad y de su sentido del deber.

—Liz y Adam, los dueños, han sido muy buenos conmigo. Y lo cierto es que hay un ambiente muy agradable.

—¿Nunca has querido hacer otra cosa?

—A menudo he pensado en volver a estudiar, pero tengo responsabilidades y...

—¿Qué responsabilidades? —preguntó Piers, genuinamente interesado.

—Mi abuela. Hace tiempo que no está bien. Dentro de una semana van a operarla y tengo que cuidar de ella hasta que se reponga —respondió Emma, sin poder disimular su inquietud.

—¿Qué le pasa?

—Padece del corazón —los ojos de Emma se llenaron de lágrimas—. Lo siento —indignada consigo buscó un pañuelo en el bolso. Antes de que lo encontrara, Piers sacó uno perfectamente planchado de su bolsillo y se lo alargó.

—No tienes de qué disculparte. Debes quererla mucho.

—Así es. Gracias.

Emma se reprendió por no ser capaz de contener sus emociones. Piers no tenía el menor interés en que le contara sus problemas. Sólo quería pasar un buen fin de semana, no oírle hablar de lo preocupada que estaba por la persona que más quería del mundo. Con toda seguridad, estaría deseando devolverla a su casa en el primer vuelo y olvidarse de ella. Como conquista, debía resultar

terriblemente decepcionante.

—Deberías probar las pastas. Están deliciosas —dijo, ocultando su turbación tras una sonrisa forzada.

Al observar el esfuerzo que hacía para disimular su desconsuelo, a Piers le asaltó un desconcertante deseo de protegerla. Conmocionado por la nueva Emma que acababa de descubrir, tuvo que contenerse para no secarle él mismo las lágrimas. Las cosas estaban saliendo de una manera muy distinta a como las había imaginado. Él tenía planeada una tarde de sexo en la suite del hotel seguida de una cena íntima. Su eficiente secretaria había reservado una mesa en uno de los restaurantes más selectos de la ciudad. Pero de pronto, aquel preciso restaurante no le pareció el apropiado para una mujer como Emma, y decidió que otro, más cálido y acogedor, era la opción adecuada.

—¿Estás bien o prefieres que volvamos al hotel?

Emma metió el pañuelo de Piers en su bolso y sacudió la cabeza enérgicamente.

—Estoy bien, de verdad. Siento haberte incomodado.

—Si quieres, cuando volvamos puedes llamar a tu abuela para asegurarte de que está bien.

—Muchas gracias, lo haré.

Guardaron un tenso silencio durante el cual Emma intentó leer en el rostro inescrutable de Piers. ¿Habría perdido el interés por ella?

—Empieza a llover.

El comentario de Piers hizo que Emma mirara al cielo. Se había nublado y unas gotas de lluvia, ligeras pero constantes, empezaban a caer. Los paseantes aceleraron el paso y una pareja se refugió en el café. Emma contempló la escena sin dejar de pensar qué podría hacer para recuperar el interés de Piers.

—¿Por qué no me hablas de tu trabajo ¿A qué te dedicas exactamente?

Piers no quería hablar de trabajo, pero le conmovió la cara de determinación de Emma. Era evidente que estaba decidida a hacerle olvidar su tristeza.

—Soy dueño de una de las consultoras más importantes del mundo. Nuestro trabajo consiste en asesorar a nuestros clientes sobre las inversiones que más les convienen. Podría entrar en detalles, pero te aseguro que te morirías de aburrimiento. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

—¿Por qué iba a aburrirme? ¿Crees que al ser camarera no soy lo bastante inteligente como para comprenderte?

—No —el tono ofendido de Emma desconcertó a Piers—. No pretendía decir eso —dio un sorbo al café. Cuando volvió a mirar a Emma sus ojos brillaban con frialdad—. A muchos hombres les gusta agrandar su ego hablando a las mujeres de sus fascinantes trabajos, pero para mí, Emma, mi trabajo es sólo lo que hago, no quién soy. Por eso no me gusta hablar de ello. No tiene nada que ver con tu profesión.

Aunque habló con resentimiento, sus palabras tranquilizaron a Emma. Normalmente no reaccionaba tan a la defensiva respecto a su trabajo, pero era lógico que lo hiciera estando con un hombre tan brillante y poderoso como Piers. Sin embargo lo que acababa de confesar los ponía al mismo nivel. Piers debía estar harto de que la gente no viera más allá de su trabajo y de su privilegiada posición social, en lugar de fijarse en el hombre que había detrás. Ella, muy al contrario, quería conocer al verdadero Piers Redfield. Pero temía haber arruinado toda probabilidad de conseguirlo.

—Vivimos en una sociedad muy consumista —dijo—. La gente juzga a los demás por lo que poseen, el lugar en el que viven y el trabajo que hacen. En un empleo como el mío conoces a gente de todo tipo y pronto aprendes que te tratan de acuerdo a los prejuicios por los que se rigen.

Aquel comentario tan sorprendente hizo que Piers se irguiera. Emma era inteligente y hermosa y él estaba a punto de dejarse llevar por un prejuicio parecido al que acababa de describir y preguntarse qué hacía una mujer tan valiosa como ella trabajando de camarera.

—¿Y eso te molesta?

Emma frunció el ceño.

—Por supuesto. Mucha gente no se da cuenta de que a veces las circunstancias personales no te dejan elegir. A veces, cuando no me encuentro bien, hasta resulta doloroso. Días así vuelvo a casa y me desahogo con Lawrence. Es muy temperamental, pero sabe escuchar. Si él también está deprimido, hacemos palomitas y nos sentamos a ver una película que nos distraiga.

A Piers lo sorprendió aquella visión de su hijo y no supo qué decir. Le resultaba más sencillo olvidarse de él gracias a que no sabía nada de su vida, y conocer aquel pequeño detalle que lo convertía en una persona de carne y hueso le resultó desconcertante. Tanto, que por unos segundos se sintió asaltado por un sentimiento de culpa por no haberse esforzado más en tender puentes entre él y su hijo. Hasta aquel instante se había limitado a juzgarlo y culparlo de todo. Pero al imaginárselo acurrucado en un

sofá junto a Emma, sintió pena por él por primera vez en mucho tiempo. Y perdió el apetito.

—Por lo que dices vas a echarlo de menos cuando se vaya a Cornwall a pesar de que os hayáis peleado —Piers tamborileó los dedos con expresión tensa.

—El otro día tuvimos ocasión de hablar y nos reconciliamos. Me alegro porque no podría enfadarme seriamente con Lawrence.

Piers guardó silencio mientras se preguntaba si no habría cometido un error al invitar a Emma a París. ¿Le habría dicho la verdad sobre ella y Lawrence? Si sus sentimientos hacia su hijo eran más fuertes de lo que había admitido, él no tenía derecho a interferir entre ellos. Pero al mismo tiempo era imposible no desear a la sensual mujer que tenía ante sus ojos, cuya compañía aguzaba sus sentidos hasta hacer que perdiera el control sobre sí mismo. Al contemplarla en aquel instante y ver cómo se humedecía los labios con expresión inquieta, tuvo la certeza de que no iba a ser capaz de seguir sus buenos impulsos y que, en cambio, sucumbiría al irrefrenable deseo que sentía de seducirla.

—¿Y si nos acabamos el café y volvemos al hotel?

—Pero si no hemos hecho más que salir. ¿No íbamos a visitar la ciudad?

—Ya iremos después.

—¿Después de qué?

—Algunas cosas son más fáciles de explicar en la intimidad —Piers separó la silla de la mesa, fue hasta Emma y, ayudándola a levantarse, la abrazó y le dio un beso en la boca. Y mientras lo hacía, no sintió ningún remordimiento por utilizar todas las armas de seducción de que era capaz. Menos aún cuando sintió la reacción anhelante de Emma entre sus brazos.

Al ver la mirada ardiente con la que Piers la contemplaba su corazón se aceleró y se le nublo la vista. Torpemente, se agachó y recogió el bolso. Piers llamó al camarero y pagó la cuenta. Cada uno de sus movimientos delataba la impaciencia que sentía y Emma, sobrecogida, intentó convencerse de que podría caminar aunque las piernas le temblaran tanto que temía que no respondieran a las órdenes de su cerebro.

París era tan encantador bajo la lluvia como bajo el sol, pero Emma apenas se fijó en lo que veía mientras Piers la arrastraba de la mano por callejuelas y atajos hacia el hotel. El deseo y la excitación que los dominaban diluyeron cualquier tensión entre ellos. Para cuando llegaron al ascensor del hotel, no podían apartar los ojos el uno del otro y, de no haber coincidido con una anciana,

el ascensor habría sido testigo de la irrefrenable pasión que los dominaba.

Al llegar a la suite, Piers abrió la puerta y con una firme delicadeza la empujó al interior. Después, la observó detenidamente. El cabello húmedo pegado a su rostro resaltaba la delicadeza de sus maravillosas facciones. Parecía tan limpia y pura como un cristal. Emma le miró la boca y un suspiro inconsciente escapó de sus labios. El sonido susurrante de su aliento fue la chispa que encendió a Piers. Quitándose la cazadora precipitadamente, la dejó caer al suelo. Su deseo era tan acuciante que dudaba de poder contenerlo.

Con dedos impacientes, desabrochó el abrigo de Emma, lo tiró a suelo y, antes de que ella pudiera reaccionar, hizo lo mismo con su jersey. Después deslizó una mirada ardiente por sus curvas y asiéndole con firmeza las caderas, las pegó a su excitado sexo al tiempo que atrapaba su boca vorazmente.

Su áspera barba incipiente arañó la delicada piel de Emma pero ella sólo sintió el palpitante deseo de Piers apretado contra su pelvis y, contagiada de su febril anhelo, tiró de su jersey y se lo quitó. Cuando sus senos acariciaron el sólido pecho de Piers, él la empujó consigo hacia el suelo hasta que se tumbaron sobre la alfombra. Piers le quitó los zapatos y, bajándole las medias, le acarició delicadamente los muslos, aproximándose con lentitud al punto en el que Emma ansiaba que la tocara. Al alcanzar su cálida y sensible cueva, metió los dedos con firmeza en ella al tiempo que le succionaba los senos y le mordisqueaba los pezones por encima de su delicado sujetador de encaje, hasta que Emma creyó enloquecer de placer.

—¡Piers, oh, Piers! —susurró con voz quebradiza al sentir su cuerpo inflamarse con las continuas caricias que él le dedicaba.

Unos segundos más tarde se aferró a sus poderosos hombros y lo atrajo hacia sí, hasta que él, con una sonrisa complacida, se bajó la cremallera del pantalón. Emma se quedó fascinada por la primitiva manifestación de su masculinidad y temió no poder acogerlo en su interior. Ansiaba que la poseyera, pero hacía tanto tiempo que no tenía un amante que temía no poder devolverle tanto placer como él le estaba dando. Sin embargo no tuvo oportunidad de expresar sus temores pues Piers le entreabrió las piernas con la rodilla y, de un solo movimiento, la penetró antes de quedarse completamente quieto.

El corazón de Emma latía tan violentamente que no podía ni oír sus propios pensamientos. La febril mirada con la que Piers la

contemplaba despertó la parte más salvaje de su ser, y de pronto todos sus temores se desvanecieron. Piers encajaba en su vientre como si formara parte de su cuerpo.

Cuando comenzó a moverse lentamente al tiempo que la besaba con ardor, Emma tuvo la certeza de que la sensualidad y la pasión del instante que estaba viviendo quedarían para siempre marcadas en su corazón y en su mente.

Piers contempló a la hermosa mujer que tenía bajo su cuerpo, con su cabello oscuro y sus ojos hechiceros, sus labios carnosos y sus senos firmes y tersos y se consideró el hombre más afortunado de la tierra. Cuando el húmedo néctar de Emma bañó su sexo, una ola abrasadora lo recorrió de arriba abajo. Ella levantó las caderas para amoldarse al vaivén de sus embates y Piers sintió la tensión escalar en su interior hasta que llegó al punto del que ya no podría volver. Percibiendo que Emma también lo había alcanzado, le besó los senos y le mordisqueó los pezones al tiempo que la asía por las nalgas. Pronto los músculos de Emma se contrajeron y se dilataron y él sintió un rugido crecer en su garganta.

—No puedo más..., Piers —Emma no logró impedir que las lágrimas que se agolpaban en sus ojos rodaran por sus mejillas al desnudarse emocionalmente ante el hombre que la arrastraba hacia el éxtasis.

Piers buscó su boca con desesperación y ella supo que tampoco él podía contenerse un segundo más.

Sólo cuando Piers alzó la cabeza con un callado gemido para contemplarla, Emma fue consciente de lo que acababa de suceder entre ellos. Habían estado tan cegados por el deseo que ninguno de los dos había pensado en tomar medidas de protección.

—Eres tan hermosa... —la intensidad con la que Piers la contempló hizo que por un instante olvidara sus temores. Él le retiró un mechón húmedo de la frente y la besó con una delicadeza casi reverencial, y Emma supo en aquel mismo instante que nunca volvería a ser la misma. Piers la había hecho suya y ella no querría pertenecer a ningún otro hombre.

—Quédate donde estás —dijo él. Y tras subirse los calzoncillos y los pantalones, desapareció para volver a los pocos minutos con un albornoz. Ayudó a Emma a ponérselo con una delicadeza que la enterneció y sonrió con picardía—. ¿Quieres que vayamos a la cama o prefieres darte un baño?

—¿Un baño? —Emma se debatió entre el deseo de prolongar el sexo y la tentación de un baño caliente y espumoso.

—Me refiero a un baño conmigo —dijo Piers, seductor, al

tiempo que la alzaba en brazos.

—¡Ah!

—Espero que para cuando acabe contigo seas mucho más expresiva.

Piers soltó una carcajada y la llevó al cuarto de baño. Estaba contento por haber conseguido la victoria que tanto ansiaba, pero no pudo evitar preguntarse cuántas veces más tendría que hacer el amor a Emma antes de sentirse saciado.

Vestida con el delicado vestido negro de pedrería que su amiga Fleur le había regalado, Emma contempló a los demás clientes del pequeño y lujoso restaurante en el que Piers y ella se encontraban. Quería grabar en su memoria cada detalle pues estaba segura de que aquellos recuerdos le ayudarían a soportar las duras semanas que la aguardaban al volver a Londres.

Pero más que la belleza y la elegancia del escenario que los rodeaba, tenía la certeza de que el hombre que la acompañaba quedaría impreso en su alma para siempre. En aquel mismo instante, Piers la miró con una de aquellas sonrisas que la derretían por dentro y una corriente de calor le recorrió la entrepierna al revivir las apasionadas escenas de sexo que acababan de compartir. Jamás había pensado que darse un baño pudiera ser tan excitante...

—¿Piensas ir a ver a Lawrence a Cornwall? —preguntó para ahuyentar los eróticos pensamientos que acababan de hacerla enrojecer.

La sonrisa de Piers se diluyó.

—No sé. Puede que no sea bienvenido.

Emma creyó entrever un rayo de esperanza al no obtener una rotunda negativa. Un padre y un hijo que en el fondo se necesitaban no debían mantener una relación tan enfrentada. Era evidente que Piers estaba muy ocupado, pero el trabajo no podía ser siempre su máxima prioridad.

—Seguro que estará encantado de verte. Sé que puede decir cosas irreflexivamente pero en el fondo es muy compasivo y creo que se siente solo.

Piers podía aceptar que su hijo se sintiera solo, pero no le cabía en la cabeza que fuera compasivo. Respiró hondo para relajar la tensión que se había apoderado de su estómago.

—Siempre ves el lado bueno de la gente —dijo, y alargó la mano para acariciar la de Emma, tan suave y delicada.

—¿Te parece mal?

—No sobrevivirías ni dos minutos en el mundo empresarial.

—Entonces me alegro de no ser más que una simple camarera.

—Tú nunca podrías ser «simple» y prefiero que no pertenezcas a ese mundo. Es mucho mejor ser una magnífica camarera que estar tan cegada por la ambición que hasta pisarías a tu propia madre para alcanzar tu meta —Piers se sorprendió de reaccionar con tanta vehemencia, pero era evidente que Emma despertaba en él un poderoso instinto de protección.

Especialmente desde que se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que estuviera embarazada. Nunca se había dejado arrastrar tan ciegamente por el deseo y sólo él era responsable de no haber pensado que debía tomar medidas. Por eso, lo mínimo que podía hacer era asumir las consecuencias de sus actos y quería que Emma lo supiera.

—Emma, puede que te hayas quedado embarazada. A no ser que tomes la píldora, claro —la miró fijamente y vio que se ruborizaba y que se acercaba la servilleta a la boca con dedos temblorosos.

—No, soy alérgica a los anticonceptivos orales. Además, no... Hace mucho que no hay nadie en mi vida —balbuceó ella.

Piers se sintió invadido por una ola de orgullo ante aquella respuesta al tiempo que confiaba en su suerte y se decía que Emma no quedaría embarazada. Por muy encantadora que fuera no tenía intención de volver a verla. En el fondo era lo más honesto que podía hacer. Viajaba constantemente y no tenía ningún interés en establecer una relación duradera. Y ella tenía una vida propia y responsabilidades que atender, como la abuela enferma de la que le había hablado.

—Si sucediera lo peor, no quiero que te preocupes. Aunque no volvamos a vernos después de este fin de semana, soy un hombre con recursos y te apoyaré económicamente si lo necesitas.

Capítulo 8

EMMA contempló a Piers atónita. Unas cuantas palabras le habían servido para hacerle recordar cuál era el objetivo de aquel viaje... y que ya lo había obtenido. Eso sí, era tan honesto que estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de lo que pudiera pasar, por ejemplo, que se quedara embarazada... Siempre que pudiera resolverlo con dinero. Una mezcla de rabia, indignación y vergüenza inundó a Emma.

—¿Si sucediera lo peor?

—Seamos realistas, Emma. No creo que te alegraras de estar embarazada.

Sobrecogida por el desdén con el que Piers se expresó, Emma permaneció sentada a duras penas.

—¿Tú qué sabes?¿Acaso me conoces?

—Los hijos te cambian la vida para siempre. Sólo tienes veinticinco años, Emma. Apenas has vivido, no has viajado. ¿Quieres conocer a gente, ampliar tus horizontes? Si tuvieras hijos todo eso quedaría postergado para siempre.

—Supongo que habla la voz de la experiencia. ¿Es eso lo que Lawrence representa para ti? No me extraña que sientas rencor hacia él. Probablemente nunca quisiste ser padre.

Piers palideció.

—Eso no es verdad. Lo que pase entre Lawrence y yo es cosa nuestra. Todo lo que hice lo hice por él. Que a la larga hubiera sido mejor estar más con él que intentar asegurar su futuro es algo que descubrí demasiado tarde y de lo que nunca me arrepentiré suficiente. Pero es imposible hacer que las agujas del reloj retrocedan.

Era evidente que Piers estaba siendo sincero, pero Emma seguía demasiado dolida como para sentir compasión por él. Le costaba creer que su única oferta de ayuda si es que se quedaba embarazada fuera económica. Como tantas otras veces en su vida, se sintió como la niña de nueve años a la que su padre había abandonado.

—Yo tengo sentimientos —un nudo en la garganta le impedía hablar. Intentando contener las lágrimas, miró a Piers. Bajo la tenue luz de la vela que marcaba sus masculinas facciones estaba irresistible. Con su magnífico traje de corte italiano, exudaba una sofisticación y un poder abrumadores. Era evidente que pertenecían a mundos diametralmente opuestos, pero no fue eso lo que más la turbó, sino darse cuenta de que estaba ante un hombre tan

acostumbrado a ocultar sus emociones que encontrarlas podía resultar una labor hercúlea. Lo único que le interesaba de ella era el sexo. Y lo mejor que podía hacer era no olvidarlo.

—¿Qué sentimientos, Emma?

—A eso me refería —Emma bajó la mirada y entrelazó las manos sobre el regazo para impedir que temblaran—. A ti no te interesan los sentimientos, ¿verdad, Piers? Querías un fin de semana con mucho sexo y sin complicaciones y te has encontrado conmigo.

El rostro de Piers se ensombreció.

—¡No hables así!

—¿Por qué? ¿No te gusta oír la verdad? ¿Preferirías que no describiera lo que verdaderamente sucede con tanta crudeza?

Piers apretó la mandíbula y le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Y que es lo que verdaderamente sucede? Cuéntamelo.

Emma sentía las mejillas arder y ya no pudo contener el torrente de palabras que brotaban de su boca.

—Sé que no soy el tipo de mujer con el que sueles salir. No comprendo por qué me has elegido... Tal vez querías probar algo distinto. Supongo que una camarera de veinticinco años puede resultar una novedad para un hombre de tu posición. Pero lo único que querías era una chica para el fin de semana, no alguien con sentimientos... Una persona a la que no le importara ser utilizada por un hombre tan acostumbrado a conseguir lo que quiere que ni siquiera se da cuenta de si su compañera muestra alguna reserva.

—Que yo sepa no te he utilizado, Emma. Hemos mantenido sexo mutuamente consentido. Siento que ahora te arrepientas, cariño, pero hace un rato no he oído que protestaras.

Sus palabras quemaron a Emma como un hierro al rojo vivo.

—¿Sabes una cosa? Cuando viniste a buscarme al restaurante debí mandarte al infierno —tiró la servilleta sobre la mesa, se puso en pie y corrió hacia el lavabo de señoras con el bolso bajo el brazo.

Cinco minutos más tarde salió, pidió a una camarera que le diera su abrigo y se marchó sin tener ni idea de dónde iría. Sólo sabía que tenía que alejarse de Piers. Hasta aquel instante se había comportado como un perfecto caballero, amable y considerado, pero en cuanto había surgido la posibilidad de que estuviera embarazada su actitud había cambiado radicalmente.

Había sido una ingenua al olvidar que pertenecían a mundos tan dispares. Lo último que un hombre como Piers podía querer era dejar embarazada a una simple camarera.

Se subió la solapa del abrigo y caminó con paso decidido hacia las orillas del Sena. No sabía en qué dirección iba, pero necesitaba poner la mayor distancia posible entre ella y Piers.

Piers sabía que sólo había una posibilidad remota de encontrar a Emma pero eso no le impidió buscarla durante horas, y aunque suponía que no tenía la menor intención de volver al hotel, llamó varias veces a recepción para cerciorarse de que no había ido.

No podía culparla. Aunque le había ofrecido su apoyo económico con la mejor intención, sólo había conseguido enfurecerla hasta el punto de que prefería vagar sola por las calles que permanecer junto a él...

Cuando la lluvia y el cansancio le hicieron desistir de su búsqueda, volvió al hotel, pidió una copa de coñac y se sentó en el bar. Estaba enfadado consigo mismo por haber tratado la situación con tan poco tacto. Emma era una chica trabajadora, dedicada a su abuela enferma y tan generosa que se preocupaba antes de los demás que de sí misma. Sus cualidades eran tantas que cualquier hombre la admiraría. Y esas mismas cualidades le hacían ver que él sólo pensaba en sí mismo. Emma tenía razón. La había utilizado. Había dejado que lo dominara el deseo de seducirla y de paso, de triunfar donde Lawrence había fracasado. Y en el camino, no se había parado a considerar el impacto que lo sucedido podía tener en la vida de Emma.

En aquel momento su único deseo era que Emma apareciera para poder reconciliarse con ella. Era cierto que él sólo pretendía pasar un par de días de placer con ella, pero también lo era que le preocupaba su bienestar. A pesar de que lo había negado, Emma debía sentirse intranquila ante la posibilidad de estar embarazada. Hasta para la camarera mejor pagada ser madre soltera supondría un enorme sacrificio.

¿Por qué habría sido tan inconsciente y habría olvidado tomar medidas? Arrepentirse no lo conduciría a nada. Dio un generoso sorbo a su copa. Podía seguir pensando durante horas sin encontrar una solución. Cabía la posibilidad de que ni siquiera volviera a verla dado que tenía planeado un viaje de negocios que lo mantendría alejado de Londres durante varios meses.

Alguien le tocó el hombro y Piers se sobresaltó. Era un empleado del hotel. Acababan de recibir un mensaje de la señorita Robards anunciándole que pasaría la noche con una amiga y que volvería al hotel por la mañana.

Piers se sintió aliviado al saber que estaba sana y salva y desilusionado por no tener la oportunidad de verla hasta el día siguiente. Ansiaba tenerla en sus brazos y mostrarle cuánto sentía haberla disgustado. Al mismo tiempo le enfadó que no se molestara en dejarle un teléfono de contacto y, con un gesto de frustración, pidió al camarero que le llevara otra copa.

Antes de volver al hotel, Emma visitó la catedral de Notre Dame y por unas horas olvidó sus pesares ante la espectacular belleza del edificio. En una pequeña capilla encendió una vela y rezó por su abuela antes de meditar sobre los contradictorios sentimientos que Piers despertaban en ella. A pesar de lo enfadada que estaba no podía negar la fuerte atracción que sentía por él. Había sido un error aceptar su invitación, y aún más, dejarse seducir y perder la razón hasta el punto de no preocuparse de mantener sexo seguro.

Fleur había insistido en que no fuera tan severa consigo misma y trató de convencerle de que Piers cambiaría de opinión y querría volver a verla. Pero para Emma era evidente que su amiga no se daba cuenta de lo rico y poderoso que era, y de que tenía acceso a mujeres mucho más sofisticadas y hermosas que ella.

«Mi trabajo es lo que hago, no quien soy...» Por alguna extraña razón aquellas palabras de Piers le vinieron a la mente, y se amonestó por querer dotarlas de un significado que con toda certeza no tenían. Apartó la vista de las policromadas cristaleras de la catedral y decidió abandonar el refugio de la iglesia y su dulce olor a incienso.

Aunque la idea le causaba un enorme desasosiego, había llegado la hora de volver al hotel, donde suponía que Piers la esperaba con las maletas hechas y el coche listo para llevarla al aeropuerto.

—¿Has desayunado?

Piers pensó que debía haberse imaginado el vuelco de alegría que le dio el corazón al ver a Emma. Ella lo miró con expresión nerviosa y luego apartó la mirada.

—He tomado un café y un cruasán con Fleur —se agachó para quitarse las sandalias.

—He estado muy preocupado, Emma. Podría haberte pasado algo.

¿Preocupado? Emma sonrió con amargura.

—Más que preocupado supongo que estás molesto porque haya

perturbado tus planes. Sé sincero. Sólo te inquieta la posibilidad de que esté embarazada. Pero no tienes nada que temer. Eres la última persona a la que recurriría. Después de que lleguemos a Londres no volverás a verme nunca más.

Fue con paso decidido hacia el dormitorio pero Piers le tiró del brazo y la obligó a mirarlo. Sus ojos azules lanzaban dardos y Emma se estremeció de temor.

—¿Por qué estás tan segura de que no quiero volver a verte?

Emma no pudo evitar fijar la mirada en su boca y al recordar aquellos labios sobre su piel sintió el súbito deseo de que Piers la estrechara en sus brazos y volviera a hacerle las cosas que le había hecho el día anterior...

—¡No me insultes haciéndome creer que has cambiado de opinión!

Emma tiró del brazo pero antes de que se diera cuenta, estaba atrapada contra el sólido pecho de Piers, quien la estrechaba contra sí con tal fuerza que le cortó la respiración. Emma sintió de inmediato crecer el deseo en su interior y sus piernas temblaron.

—No niegues que me deseas tanto como yo a ti.

El rostro de Piers estaba tan cerca del de ella que Emma podía ver cada una de las pequeñas arruguitas que se le formaban en el rabillo del ojo y que tan atractiva hacían su sonrisa. Un nudo se le formó en el estómago y por un instante se dijo que no tenía sentido luchar contra la atracción que sentía hacia él cuando estaba convencida de que ningún otro hombre despertaría en ella un anhelo tan intenso...

—No he dicho que no te deseara —dijo, mirándolo con ojos ardientes—, pero soy un ser humano. No me gusta que me consideres un problema del que te quieres librar a golpe de talonario. Puede que no sea tan sofisticada como las mujeres que aceptan mantener relaciones puramente físicas contigo, pero eso no me hace menos merecedora de tu respeto.

—¡Yo te respeto!

Al darse cuenta que se debatía entre besarla o sacudirla por los hombros, Piers optó por soltarla y separarse unos metros. Emma despertaba en él sentimientos que no quería tener. Su vida ya era bastante complicada como para permitir que las emociones lo afectaran. Asociaba los sentimientos con el infierno que había vivido con Naomi y los consideraba peligrosos y explosivos. Aunque se había sentido devastado tras su muerte en un accidente de tráfico, en un par de años había logrado rehacer su vida y en ella no había cabida para altibajos ni incertidumbre. Naomi lo

había vuelto loco con sus constantes infidelidades y mentiras, y sus permanentes acusaciones de que era un hombre frío y distante al que no le importaba su familia. Piers no quería pasar nunca más por aquella tortura. Nunca.

No debían haberse casado tan jóvenes, pero con Lawrence de camino y dado su agudo sentido de la responsabilidad, no se había parado a considerar sus verdaderos sentimientos hacia su novia de diecinueve años. Había preferido convencerse a sí mismo de que la amaba, pero no era verdad. Y tal vez al intuirlo, Naomi había optado por vengarse de él manteniendo un romance tras otro. Quizá ninguno de los dos había tenido la bastante madurez como para plantearse lo que debían hacer. Y Piers, ya sin Naomi, revivía su fracaso cada vez que Lawrence lo miraba con rencor y hostilidad.

Se aproximó a la ventana y contempló el patio ajardinado del hotel en el que varias parejas se relajaban tomando algo. Por unos segundos deseó fervientemente que él y Emma pudieran hacer lo mismo, pero sabía que ya no sería posible. Las circunstancias se habían complicado de una forma totalmente impredecible.

—Supongo que es difícil imaginarse el tipo de vida que llevo, pero te aseguro que no es la más adecuada para establecer relaciones duraderas. Mis encuentros con las mujeres son breves porque no pueden ser de otra manera. Y normalmente, nos separamos como amigos.

—¿Es eso lo que quieres que seamos? ¿Amigos?

Después de haberse familiarizado con el exquisito cuerpo de Emma, Piers sabía que no podría mantener con ella una relación meramente platónica. No se consideraba tan fuerte y no quería mentirle.

—En cuanto volvamos a Inglaterra, parto para Australia y de allí a Nueva Zelanda, Indonesia, Bali y Sudáfrica. Voy a pasar al menos tres meses fuera. Lo único que puedo prometerte es que me pondré en contacto contigo cuando vuelva.

Emma sintió un enorme peso en el corazón. Si Piers ni siquiera había expresado el deseo de que fueran amigos era porque no tenía la intención de volver a verla.

—Comprendo —dijo en un susurro. Y aunque Piers no había dicho nada al respecto, supo que el tema quedaba zanjado.

—Así que... ¿por qué no dedicamos el resto del día a visitar París? —Piers metió las manos en los bolsillos y consiguió sonreír. Quería compensar a Emma por la desastrosa cena de la noche anterior.

—¿Qué sugieres? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Ya sabes: la torre Eiffel, el Louvre, Notre Dame...

—Ayer estuve en la torre Eiffel y en el Louvre, y esta mañana he ido a encender una vela a mi abuela en Notre Dame.

Aquel comentario hizo que Piers se sintiera doblemente culpable porque una vez más demostraba que Emma era un ángel del que él había intentado aprovecharse. Sonrió con tristeza.

—Las cosas no han salido como había planeado. Ayer tuve que trabajar y hoy... Debería haberte acompañado a todos esos sitios.

Emma supo que estaba sinceramente arrepentido y sintió compasión por él.

—Pero hay muchas más cosas que ver... —dijo. Aunque en el fondo le hubiera gustado hacer el amor por última vez con Piers, sabía que no era lo adecuado y que él tenía razón al proponer hacer algo juntos que les ayudara a relajar la tensión.

—Es cierto. Pero antes será mejor que te cambies. Por muy atractiva que estés con ese vestido, no creo que sea la ropa más adecuada para ir de paseo.

Emma se tapó con el abrigo el elegante vestido que llevaba y se dijo que tardaría mucho tiempo en encontrarse en una circunstancia que le exigiera volver a ponérselo. O tal vez preferiría no usarlo nunca más si verlo significaba recordar a Piers. O más exactamente, la ausencia de Piers.

—Miles te llevará a casa.

—¿Y a ti?

En medio del ajetreo del aeropuerto de Heathrow, Emma lamentó que la hora de despedirse hubiera llegado tan pronto. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y, tras mirar la maleta que tenía a sus pies, alzó la vista hacia Miles, que la esperaba junto a las puertas de cristal automáticas con la señal de «salida».

—He quedado con uno de mis socios en un hotel próximo. Miles volverá a por mí después de dejarte.

—¿Estás seguro?

Piers no pudo reprimirse y le acarició la mejilla. El rostro de Emma estaba tan lleno de ansiedad y tristeza que sintió una punzada de dolor por tener que separarse de ella. Por un instante se preguntó si no podrían mantener algún tipo de relación. Imaginársela en brazos de otro hombre lo hacía enloquecer. Pero sabía que no podía prometer nada. Llevaba una vida caótica y ajetreada y era inconcebible que Emma pudiera pasar de camarera

a mujer de un rico empresario con todo lo que ello implicaba.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que sus pensamientos estaban discurriendo por un camino muy peligroso. ¡Matrimonio! Apretó la mandíbula y sacudió la cabeza.

—Completamente seguro. Tienes que prometerme que si me necesitas me llamarás. Mi secretaria, Fiona, siempre sabe dónde localizarme. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Emma combatió el deseo de apoyar la cara en la mano que Piers mantenía en su mejilla y se cuadró de hombros. Se refería una vez más a la posibilidad de que estuviera embarazada. Pero ella prefería morirse que acudir a él en busca de auxilio.

—Todo irá bien. Sólo quiero pedirte una cosa antes de marcharme.

Piers bajó la mano.

—Dime.

Emma se preguntó si temía que fuera a pedirle algo que lo comprometiera. No se imaginaba cuántas ganas tenía de demostrarle que pensaba desaparecer de su vida para siempre.

—Reconcíliate con Lawrence. Aunque no lo creas, te necesita.

Piers se quedó desconcertado. En aquel instante Lawrence era la última de sus preocupaciones. Miró el reloj.

—Haré lo que pueda —quería besarla pero temía lo que pudiera suceder si lo hacía. Emma despertaba en él sentimientos que llevaban años adormecidos y debía recuperar su equilibrio habitual lo antes posible—. Lo siento Emma, pero debo marcharme. Llego veinte minutos tarde.

—No te entretengo más —Emma levantó su maleta y consiguió sonreír aunque el esfuerzo estuvo a punto de acabar con ella—. Gracias por llevarme a París. Nunca lo olvidaré.

Mientras la contemplaba alejarse hacia Miles, Piers se preguntó por qué en lugar de sentirse aliviado, su pecho albergaba otro tipo de emoción muy distinta. Una emoción que no quería sentir.

Capítulo 9

EMMA se dejó caer en un banco a la salida de la UCI, en la que acababa de dejar a su abuela rodeada de médicos y enfermeras, y se masajeó las sienes para intentar controlar el pánico que sentía. El olor a desinfectante le daba náuseas. Apretó los puños con fuerza diciéndose que debía mantener la calma. La idea de que su abuela pudiera morir la aterrorizaba.

Apenas dos días antes se había separado de Piers para no volver a verlo y había retomado su vida con el único consuelo de que todavía le quedaba una persona en el mundo que la amaba incondicionalmente. Con el amor de su abuela estaba segura de poder reponerse. Pero de pronto todas sus esperanzas se habían venido abajo. Dos horas antes había recibido una llamada en el restaurante anunciándole que su abuela había sufrido un ataque al corazón. Liz la condujo al hospital en un estado de total aturdimiento y sólo la había dejado hacía unos minutos para ir en busca de un café.

Al oír el ruido de tacones a lo lejos, levantó la vista y vio llegar a Liz con dos vasos de plástico.

—Te he puesto mucho azúcar —dijo, alargándole uno.

—Gracias, Liz.

—¿Se sabe algo? —Liz lanzó una mirada ansiosa hacia las puertas grises de la UCI.

—Todavía no —Emma no podía soportar sentirse tan impotente. La persona que más le importaba en el mundo se debatía entre la vida y la muerte y lo único que ella podía hacer era rezar.

—Helen es muy fuerte —la animó Liz.

—Si hubiera podido pagarle un tratamiento privado esto no habría pasado.

Liz sacudió la cabeza y sujetó la muñeca de Emma para obligarle a mirarla.

—No estoy dispuesta a que te culpes también de esto. Has cuidado y atendido a tu abuela hasta el límite de tus fuerzas. Ella no soportaría que te sintieras responsable de su estado.

Emma contuvo las ganas de llorar. Si su abuela se recuperaba iba a necesitarla aún más, así que le convenía mantenerse fuerte. No acostumbraba a pensar demasiado en su padre, pero recordaba que solía acusar a su madre de debilidad. Ella no era como su madre, así que no se dejaría llevar por la autocompasión.

—Ya había comprado la pintura para decorar su casa mientras estaba en el hospital —Emma paseó una mirada perdida por el

pasillo y el miedo se apoderó de ella. ¿Cómo iba a poder superar la muerte de su abuela?

Alguien abrió una puerta. Al volverse, Liz y Emma vieron al cirujano que había atendido a su abuela. Aunque la expresión de su rostro era inescrutable, Emma temió lo peor.

—Lo siento mucho, señorita Robards, pero su abuela falleció hace cinco minutos. No hemos podido salvarla.

Emma ya no pudo oír nada más. Con labios temblorosos agradeció al médico sus esfuerzos y dejó que Liz la ayudara a sentarse de nuevo en el banco.

—¿Les importaría esperar un momento? Una enfermera vendrá a verlas. Necesitan ocuparse de algunas cosas.

Emma asintió con la cabeza sin poder articular palabra.

—Yo me quedaré con ella —dijo Liz, y el médico desapareció tras las puertas grises. Liz frotó cariñosamente la tensa espalda de Emma—. Cariño, lo siento mucho.

—Estoy bien, Liz —gracias a que la estupefacción la había dejado como anestesiada, Emma consiguió dirigir a su amiga una mirada ausente—. No te preocupes, estoy bien.

—Claro que sí, mi niña. Pero no te guardes el dolor. Llora si quieres.

—¡No tengo tiempo para llorar! Necesito hacer muchas cosas —Emma se puso en pie y caminó por el pasillo agriadamente—. En cuanto venga la enfermera voy a hacer una lista.

Compadecida por la tristeza de su amiga, Liz dio un profundo suspiro.

—Haz lo que quieras, cariño. Sabes que cuando me necesites, podrás contar conmigo.

—Te exijo que vengas a tomar algo arriba. No has parado en tres días y esto se tiene que acabar.

Al ver a Lawrence enfadado, Emma se dio cuenta por primera vez de cuánto se parecía a su padre. Tenían el mismo don natural para dar órdenes. Miró a su alrededor y vio la pila de ropa que se proponía planchar aquella tarde. Si no tenía cuidado iba a acabar pareciendo una pordiosera. Ni siquiera le importaba. Todo le daba lo mismo desde el funeral de su abuela. Se sentía exhausta y hundida. No podía ni comer ni dormir. Estaba segura de que presentaba un aspecto deplorable y también eso le daba igual. Pero la sincera preocupación de Lawrence por su bienestar consiguió conmoverla.

—Gracias, Lawrence, pero estoy demasiado ocupada.

—¿Qué has comido hoy? —Lawrence la siguió y contempló ansioso el caos que gobernaba la sala: la ropa sobre el sofá, la mesa cubierta de cartas sin abrir, varias tazas de café por los rincones...

—¿Que qué he comido? —Emma se llevó las manos a las sienes para concentrarse—. He desayunado cereales y tostadas... ¿O quizá eso fue ayer? No me acuerdo —tomó una camisa de lo alto de la pila de ropa y se puso a plancharla mecánicamente.

—Déjala.

—¿Qué?

—¡Deja la maldita camisa! —Lawrence se la arrancó de las manos y la devolvió al sofá—. Si no comes vas a enfermar y si enfermas no vas a poder trabajar.

En eso tenía razón. Por más que Liz y Adam le hubieran dicho que se tomara todo el tiempo que necesitara antes de volver a trabajar, no podrían pagarle indefinidamente a cambio de nada.

—¿Cómo voy a consentir que cocines para mí cuando estás empaquetando para la mudanza? —Emma miró a Lawrence y suspiró. Acababa de darse cuenta de que iba a echarlo de menos. La casa sin él iba a quedarse vacía y silenciosa.

—¿Quién ha dicho que piense cocinar? ¿Por qué crees que me llaman el rey de los pedidos a domicilio? —dijo Lawrence, con una amplia sonrisa.

Y así fue como Emma acabó sentada en la única alfombra que Lawrence no había empaquetado, rodeada de cajas de embalar, comiendo comida china y bebiendo una limonada con los Rolling Stones de fondo. Al contemplar la habitación vacía y las paredes desnudas, Emma se dijo una vez más que la casa ya no sería lo mismo sin él.

—No me has contado qué tal lo pasaste en París.

La inesperada pregunta de Lawrence hizo que soltara el tenedor sobre el plato.

—¿Cómo sabes que fui a París? —dejó el plato a un lado y se llevó un trozo de papel de cocina a los labios.

—Mi padre me dijo que te había invitado. Es muy propio de él querer meter el dedo en la llaga. ¿Lo pasaste bien?

Aunque Lawrence intentaba aparentar indiferencia, Emma supo que estaba resentido con su padre.

—Sí, muy bien —asintió—. ¿A qué te refieres con lo de que le gusta meter el dedo en la llaga?

Lawrence hizo un gesto de desdén.

—¿No te diste cuenta de que estaba jugando contigo? No quiero

herirte pero si se interesó por ti fue porque sabía que me gustabas.

Emma sintió un intenso dolor en el pecho y respiró con dificultad.

—¿Quieres decir que quiso seducirme para vengarse de ti?

—Piénsalo, cariño. ¿Por qué si no iba a fijarse en ti? Ya sé que eres muy bonita, pero él está acostumbrado a mujeres espectaculares y ricas. Que yo sepa, nunca antes había salido con una camarera.

Emma recibió aquellas palabras como un puñetazo.

—Hasta este momento no me había dado cuenta de lo monstruoso que puedes ser, Lawrence —con los ojos llenos de lágrimas, se puso en pie de un salto y se cruzó de brazos para evitar que sus manos temblaran.

Era evidente que el padre y el hijo eran capaces de una crueldad sin límite. Les daba lo mismo herir o utilizar a los demás con tal de conseguir lo que querían.

—Me he expresado mal —Lawrence se incorporó con expresión de arrepentimiento—. Sabes que mi furia va dirigida a él.

—¿Y se supone que eso justifica tu crueldad hacia mí? —Emma sentía su corazón latir con tal violencia que apenas podía hablar—. ¿Qué soy yo? ¿Un premio que os disputáis? ¿Desde cuándo no soy una persona sino una cosa?

—Em, por favor.

—¡Eres tan despreciable como tu padre y espero perderos de vista a los dos para siempre!

Lawrence dio un sorbo a su refresco y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Por qué te has acostado con él? Sabes cuánto me gustas —sus ojos estaban enturbiados por la rabia y parecía no haber escuchado las palabras de Emma. Al no obtener respuesta, se encogió de hombros y pareció dispuesto a pegar a alguien. Emma dio un paso atrás.

—No necesito el permiso de nadie para hacer lo que me dé la gana. Si tanto te gusto, ¿por qué no has dejado de traer chicas al apartamento?

—Sabes perfectamente que necesitaba el consuelo físico que tú no estabas dispuesta a darme.

—Eres un niño mimado que cree tener derecho a aquello que se le antoje.

—Parece que estés describiendo a Piers —Lawrence esbozó una sonrisa amarga, apretó la lata de bebida y la tiró en una de las cajas —. Mi padre ha tenido todas las mujeres que ha querido.¿Por qué

crees que mi madre se volvió loca? Si tuvo amantes fue por venganza. Puede que él trabajara sin cesar, pero te aseguro que nunca le faltó compañía femenina.

—¿Quieres decir que no soy más que una de tantas? Pues no te preocupes porque no ha significado absolutamente nada para mí. Espero que se lo digas la próxima vez que lo veas. Aunque supongo que le dará lo mismo.

De pronto Emma se dio cuenta de que no tenía ni la energía ni la entereza bastante para soportar aquella tensión y que no quería pensar en las implicaciones de lo que Lawrence acaba de contarle sobre Piers. Sólo quería meterse en la cama y dormir. Se encaminó hacia la puerta pero Lawrence la sujetó por las muñecas y la atrajo hacia sí.

—Tú te mereces a alguien mejor que él —dijo, con voz seductora.

—¿Qué quieres decir? —Emma intentó soltarse pero Lawrence la asió con fuerza.

—Ve conmigo a Cornwall. Quiero que seas mi musa. Sabes que siempre me has inspirado.

Emma se quedó paralizada.

—No hablas en serio. ¿De verdad crees que iría contigo después de lo que acabas de decirme? ¿No te das cuenta de...?

Lawrence le dio un beso para enmudecerla y Emma, estupefacta, inicialmente no reaccionó. Ninguno de los dos oyó que llamaban con los nudillos a la puerta, ni vio al hombre que entraba al descubrir que sólo estaba entornada.

—Espero no molestar.

—¡Piers!

—Me alegro de que recuerdes mi nombre, Emma. Veo que no pierdes el tiempo.

Emma se apartó de un salto de Lawrence y palideció. Piers, tan elegante y atractivo como siempre, la contemplaba con la cara desencajada.

—Creía que ibas a estar fuera tres meses —balbuceó.

Al ver el terror reflejado en los enormes ojos de Emma, Piers, confundido entre la rabia y la desilusión, tragó saliva. Que Emma lo traicionara con su propio hijo le dolía como si le hubiera clavado un puñal.

—¿Y por eso pensaste que tenías vía libre para estar con Lawrence?

Emma se indignó.

—¡Cómo se te ocurre algo así! ¡Lawrence, por Dios, di algo!

Piers se adelantó a su hijo.

—Resulta que he cambiado de planes. Lawrence, ¿qué tienes que decir? Sabes que tú eres en parte la razón por la que estoy aquí. ¿Te importaría explicarme qué está pasando?

Emma se volvió hacia Lawrence perpleja.

—En la guerra y en el amor todo está permitido, papá —dijo él, impertérrito—. Cuando Emma te necesitaba tú no estabas. En cambio yo, sí. ¿Te suena familiar? Emma va a venir conmigo a Cornwall.

—¡Eso no es verdad! —Emma no sabía si llorar o reír al verse atrapada en aquella guerra psicológica entre padre e hijo.

—¿Hay algo entre vosotros dos? —Piers no podía negar la evidencia que había tenido ante sus ojos, pero quería oír la confirmación de labios de Emma. Era verdad que había cambiado sus planes porque había decidido que él y Lawrence debían mejorar su relación, pero la razón fundamental de haberse quedado en Londres era Emma. Su recuerdo era como un mantra que se negaba a salir de su mente, y necesitaba comprobar qué sentía al volver a verla.

—Sólo somos amigos, o al menos eso pensaba hasta hace unos minutos. Si Lawrence tiene otras ideas, es su problema.

La sincera indignación de Emma hizo que Piers se relajara. Lawrence sonrió con malicia.

—No puedes culparme por intentarlo, ¿no?

—¿Y has besado a Emma para vengarte de mí?

—Así de sencillo. Quería poseer algo que tú deseabas. Y ha valido la pena sólo por ver la cara que has puesto —dijo Lawrence, sarcástico—. Ella es la única razón de que hayas vuelto a mi vida. Hasta ahora te daba igual lo que fuera de mí. De pronto crees que darme dinero lo arregla todo, pero estás muy equivocado. Sólo has conseguido que te desprecie aún más.

—El dinero es lo único que te interesa de mí.

Piers contemplaba a su hijo con una mirada fría como el hielo que Emma intuyó debía ser un arma letal cuando trataba de negocios. Pero Lawrence se la merecía. Tal y como se habían sucedido los acontecimientos, era evidente que Lawrence había preparado la escena para su padre. Por eso había dejado la puerta entreabierta.

—Sabías que Piers iba a llegar, ¿verdad Lawrence? No estabas preocupado por mí. Sólo querías usarme para provocarlo.

—Te equivocas, Emma. Sí estaba preocupado y es cierto que quiero que vengas a Cornwall conmigo. Aunque no me creas, soy tu

amigo.

—No lo eres. Sólo eres un manipulador. Debe ser una característica familiar.

Lanzando una mirada de desprecio a los dos hombres, Emma se encaminó hacia la puerta.

—No vayas muy lejos —dijo Piers, en tono amenazador—. Tenemos asuntos pendientes.

Emma lo miró por última vez y, sin decir palabra, salió dando un portazo.

Ya en su apartamento, se puso a planchar para hacer algo, pero en realidad estaba pendiente de cada ruido procedente del piso de arriba. Suspiró hondo y puso la radio para distraerse. Después de una hora, dejó la plancha y decidió prepararse una bebida caliente. Las manchas de humedad de la cocina le recordaron su precaria situación. La casa se le caía encima y si no hacía algo pronto, su vida iba a ir de mal en peor. Hasta ir a Cornwall con Lawrence resultaba una idea atractiva por comparación. Y de no haber perdido toda la confianza en él por lo que acababa de pasar, quizá hubiera considerado la posibilidad seriamente.

Al oír que llamaban a la puerta se sobresaltó y miró a su alrededor como si buscara un lugar donde esconderse. Se pasó los dedos por el cabello con un gesto nervioso y fue a abrir.

Piers entró sin decir palabra y deslizó su mirada por el desordenado salón.

—Tienes un aspecto espantoso.

—Gracias —dijo Emma, dolida.

—No era mi intención ofenderte —Piers se pasó una mano por el cuello y, reprimiendo el impulso de acercarse a ella, se quitó el abrigo.

Emma tragó saliva.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Voy a ayudarte a hacer la maleta.

—¿La maleta?

—No creerás que pienso dejarte aquí sola en este estado.

—Es la segunda vez que me insultas en un par de minutos. Para que te enteres, estoy bien y no pienso ir a ninguna parte.

—Te equivocas —Piers apretó la mandíbula y recorrió a Emma con la mirada—. Vas a venir a casa conmigo y no vale la pena que pierdas el tiempo intentando convencerme de lo contrario.

Capítulo 10

CUANDO se recuperó de la sorpresa que le causó el ultimátum de Piers, Emma fue a la cocina y, mecánicamente, sacó un cartón de leche de la nevera y un cazo. Piers apareció en el umbral de la puerta en el momento en que abría una caja con chocolate en polvo.

—¿Qué haces?

—Prepararme un chocolate caliente antes de ir a la cama.

—¿No has oído lo que he dicho?

—Puede que seas el amo y señor en tu trabajo, pero a mí no puedes mandarme. Te crees con derecho a entrar aquí y darme órdenes porque me has utilizado para vengarte de tu hijo. Ni siquiera sé por qué te he dejado entrar. Estoy harta de tus juegos, así que márchate y déjame en paz.

Piers palideció.

—Veo que Lawrence ha hecho una de las suyas.

—Me ha dicho que me llevaste a París para marcarle un tanto. ¿Te imaginas cómo me he sentido, Piers?

Él la miró sobrecogido. Lawrence se había enterado de su viaje a París por Fiona, su secretaria, y acababa de contarle que había usado esa información para socavar su imagen ante Emma. Él podía haberse lanzado a conquistarla con un ánimo competitivo, pero no había caído tan bajo como para vanagloriarse de su victoria ante su hijo. Aun así, quizá se merecía que Emma creyera que podía hacer algo así.

—Yo no le dije que venías conmigo. Fue Fiona. Ahora ya sabes que haría cualquier cosa para que pienses mal de mí.

Emma estuvo a punto de decirle que lo había conseguido, pero se contuvo al ver la cara de consternación de Piers.

—Cuanto más os peleéis más os va a costar reconciliaros. ¿No ves que la vida es demasiado corta para desaprovecharla de esta manera?

Al ver las marcas de sufrimiento y cansancio que surcaban el rostro de Emma, Piers sintió un profundo desasosiego.

—Siento lo de tu abuela. Ha debido ser un golpe terrible.

Su voz acariciadora paralizó a Emma.

—Así es —dijo con voz trémula.

—Y siento la escena que te ha montado Lawrence.

—¿Sigue enfadado contigo? —quiso saber Emma.

—Tenemos mucho camino que andar, pero al menos hemos mantenido una larga conversación y hemos logrado aclarar algunas

cosas. ¿Crees que podrás perdonarlo?

Emma no estaba segura.

—Ya veremos. Ahora mismo, dudo que lo consiga.

—Es muy consciente de ello. Pero también es cierto que siente un sincero afecto por ti y que te considera una buena amiga.

—La verdad es que siempre me resulta difícil enfadarme con él durante mucho tiempo.

—Es un chico muy atractivo. Sería comprensible que te gustara.

Emma alzó la cabeza sorprendida. Piers la contemplaba cruzado de brazos y con una mirada inquisitiva, como si quisiera leer su pensamiento y asegurarse de que no le mentía.

—Es un poco inmaduro para mi gusto.

—Aun así, dudo que haya muchas mujeres que rechazaran ser besadas por él.

Emma no podía creerse que Piers estuviera insinuando que pudiera preferir un beso de su inmaduro hijo a uno de él.

—Como decía mi abuela, la belleza es sólo superficial. Lawrence y yo somos sólo amigos… O lo éramos.

—No dudes que le importa muchísimo lo que pienses de él. Quería hacerme daño pero no creo que fuera consciente de estar utilizándote. Te aseguro que ya se ha arrepentido.

Emma se quitó de la cabeza la idea de que Piers se hubiera sentido celoso al verla en brazos de Lawrence. Estaba segura de que no significaba nada para ninguno de los dos. No era más que un trofeo de usar y tirar que se disputaban por puro orgullo.

—¿Habéis firmado una tregua?

Piers asintió.

—Digamos que hemos alcanzado un acuerdo preliminar, pero todavía nos queda mucho camino por recorrer.

Emma lo miró sorprendida.

—¿Estás dispuesto a intentarlo?

—Puede que no sea tan intransigente como crees —la media sonrisa que iluminó el rostro de Piers hizo que Emma sintiera un intenso calor en su interior.

—Me alegro. Yo no tuve la oportunidad de conocer a mi padre. Nos abandonó cuando yo tenía nueve años —se retiró el cabello de la cara y apartó la mirada de Piers. No comprendía cómo lograba hablar con naturalidad cuando lo único en lo que podía pensar era en que Piers la tomara en sus brazos y le asegurara que todo iría bien.

—¿Y tienes idea de dónde está? —preguntó Piers, con el ceño fruncido.

—No con exactitud, aunque las últimas noticias que tuvimos de él fueron que estaba en Australia. No ha intentado ponerse en contacto conmigo en todos estos años. Y ahora ni siquiera sabe que su madre ha muerto.

Al contemplar la fragilidad de Emma y su expresión angustiada, Piers tuvo la certeza de que había tomado la decisión adecuada al cancelar su viaje. Se había enterado de la muerte de su abuela por Lawrence y al recordar la emoción que la había embargado al hablar de ella, sintió un poderoso deseo de verla. En cuanto dejó de hablar con Lawrence, llamó a su director ejecutivo, y por primera vez en su vida, delegó en él la responsabilidad del viaje.

Emma necesitaría tiempo para superar la pérdida de su abuela y no estaba dispuesto a dejarla en aquel deprimente piso lleno de manchas de humedad. Y menos aún si cabía la posibilidad de que estuviera embarazada. Sólo de pensarlo lo invadía un intenso deseo de protegerla cuya causa prefería ignorar. Estaba decidido a hacer lo mejor para Emma..., aunque ella se resistiese.

—Está bien, prepárate el chocolate, pero en cuanto acabes vas a ir a hacer la maleta. No estoy dispuesto a que te quedes aquí sola cuando en mi casa puedo atenderte. Tendrás comida y a Miles a tu disposición. Ah, y antes de que nos marchemos quiero que me des el teléfono de tu casero.

Indignada por su tono autoritario, Emma se volvió hacia él con ojos centelleantes.

—He dicho que no pienso ir contigo a ninguna parte, y ¿por qué quieres el teléfono de mi casero?

—Porque quiero tener una charla con él sobre el estado del piso. ¿No sabes que esta humedad es peligrosa para la salud?

Emma se sintió avergonzada de las condiciones en las que estaba el apartamento al imaginar cómo lo vería Piers. Tenía razón, pero a pesar de ello, le dio rabia que se creyera con el poder de tomar decisiones que sólo le concernían a ella.

—¡Lo sé perfectamente! Me he quejado un montón de veces pero no hace más que poner excusas. Escucha Piers, cuando nos despedimos en el aeropuerto asumí que no volveríamos a vernos, así que no comprendo por qué crees que puedes entrar en mi casa y decirme lo que tengo que hacer.

Piers se acercó a ella con una expresión de determinación que la dejó paralizada.

—Si estás esperando un hijo mío, tengo todo el derecho a ocuparme de ti.

Emma lo miró boquiabierta. Desde la muerte de su abuela ni

siquiera se había atrevido a considerar la posibilidad de que estuviera embarazada. Pero al pensarlo en aquel momento, se preguntó si realmente sería tan horrible que fuera verdad. ¿Y si significaba un nuevo comienzo en su vida? Al menos así tendría alguien a quien cuidar. Para una mujer como ella, sin familia, aquel pensamiento fue el primer rayo de esperanza en muchos días y su corazón, que hasta entonces había sido como una piedra inerte en su pecho, volvió súbitamente a palpitar. Tragó saliva.

—Aunque lo estuviera, tú no tienes que cuidar de mí. Te he pedido que te vayas, Piers. Estoy cansada y tengo mucho que hacer.

—¿Es que no me has oído? —Piers aproximó su rostro a unos milímetros del de ella.

Emma dio un paso atrás a pesar de que en su fuero interno ansiaba que Piers la tomara en sus brazos y le hiciera el amor. Para ocultar su anhelante mirada, bajó la cara hacia el pecho.

—No pienso ir contigo a ninguna parte. No estaría… bien.

—¿Bien para quién? —Piers no pudo reprimirse y alargó la mano para acariciarle la mejilla y obligarle a mirarlo a la cara. Al contemplar sus ojos asustados y sus labios temblorosos sintió una explosión de calor en su interior—. Alguien tiene que cuidar de ti.

—No es verdad.

—¿Piensas seguir discutiendo toda la noche? —exclamó él, exasperado.

Emma pensó que preferiría hacer otras cosas, pero no tuvo ni el valor ni la seguridad suficiente en sí misma como para decirlo.

—No —dijo, con un hilo de voz.

Y los labios de Piers se curvaron en una irresistible sonrisa que acabó por desarmarla.

—Así me gusta —dijo. Y por primera vez su mirada se iluminó —. Ve a hacer la maleta mientras yo me ocupo de recoger un poco.

Emma lo miró con ojos como platos y se preguntó que pensarían sus colegas si lo vieran con la camisa remangada y dispuesto a fregar.

—No te molestes, ya… —empezó. Pero calló ante la mirada fulminante que recibió de los portentosos ojos azules de Piers.

Acurrucada en un sillón delante de la chimenea, Emma cerró los ojos y pensó que daría cualquier cosa por dormir un rato, pero Piers estaba a punto de llevarle un chocolate caliente. Abrió los ojos y contempló la bella habitación en la que se encontraba al tiempo que trataba de imaginar qué se sentiría al vivir en una casa

como aquélla. ¿No resultaría un poco solitaria para una sola persona? Por muy espléndida que fuera siempre le faltaría algo de calor humano. Se llevó las manos a las sienes y se dijo que sólo lo exhausta y frágil que estaba explicaban que se hubiera dejado convencer por Piers con tanta facilidad. Pero en el fondo se alegraba de no pasar aquella noche sola.

—Espero que esté a tu gusto —Piers apareció repentinamente y dejó una taza a su lado, sobre una mesita auxiliar. Al ver que Emma hacía ademán de incorporarse, la detuvo—. Quédate ahí. Se ve que estás muy cómoda.

Su sonrisa era tan franca que desconcertó a Emma. En su propia casa parecía mucho más relajado.

—Tienes razón. Estoy muy cómoda, pero no debería haber venido.

—Creo que te equivocas —Piers se acercó al fuego y lo contempló. Al volverse, sintió un extraño placer al ver a Emma. Con el cabello cayéndole sobre los hombros y el rostro iluminado por la luz de las llamas, parecía hecha para ocupar aquel lugar y por un instante Piers imaginó lo maravilloso que sería encontrársela allí cada tarde al volver de trabajar.

—Mañana mismo me marcho. Tengo que abrir un montón de correo y que escribir cartas de agradecimiento a toda la gente que vino al funeral de la abuela.

—He puesto todo tu correo en una bolsa y lo he traído. No quiero que vuelvas a tu apartamento hasta que el casero arregle las humedades.

—¡No es tu responsabilidad!

—Te equivocas —Piers se sirvió una copa de coñac.

—¡No me extraña que Lawrence no te soporte!

Piers pasó por alto la provocación y sonrió.

—No vale la pena que insistas. Relájate. Cuando quieras, te acompañaré a tu dormitorio.

Emma dio un sorbo al chocolate.

—No sé por qué consiento que hagas esto.

—Sí lo sabes —Piers la miró fijamente—. Estás aquí porque por una vez en tu vida necesitas que alguien te cuide y se preocupe por ti.

¿De verdad estaba Piers preocupado por ella? Sólo actuaba así porque temía haberla dejado embarazada. Si finalmente no lo estaba, desaparecería de su vida y ella podría retomarla donde la había dejado.

—No necesito que nadie se preocupe por mí.

Aunque a Piers le hacía gracia que fuera tan testaruda, no estaba dispuesto a creer ni por un momento que no necesitara ayuda. Acababa de perder a la persona que más quería en el mundo, vivía en un apartamento que requería serias reparaciones y cabía la posibilidad de que, por su culpa, estuviera a punto de convertirse en madre soltera. Quizá no estaba en su mano cambiarle la vida, pero sí podía contribuir a que viviera en mejores condiciones e incluso buscarle un trabajo con mejores perspectivas de futuro que el de camarera. Hizo girar el coñac en la copa y contempló a Emma con expresión ensoñadora, consciente de que en otras circunstancias, la habría llevado a su casa con la velada intención de hacerle el amor. Pero al ver su expresión inocente y cómo se le cerraban los párpados de puro cansancio, supo que en aquella ocasión sus propios deseos debían quedar en un segundo plano.

—Acábate el chocolate. Es hora de que te acuestes.

—¿Vas a ir a trabajar mañana por la mañana? —preguntó ella, inquieta.

—No —respondió él, vehementemente—. Voy a tomarme unos cuantos días libres.

Emma se retiró un mechón de cabello tras la oreja y suspiró.

—Será mejor que me dejes un despertador para que me marche antes de que te levantes.

—No, Emma, no voy a dejar que te vayas al menos hasta que tu casero haga las reparaciones que le corresponden.

—¡Pero puede tardar meses! —Emma lo miró alarmada.

—Entonces tendrás que quedarte unos meses conmigo.

Emma se sirvió otro terrón de azúcar y releyó la carta que acababa de recibir de los abogados Artbuthnot, Johnson y Harris, quienes solicitaban su presencia al día siguiente en sus oficinas para proceder a la lectura del testamento de su abuela. Helen Robards vivía de su pensión de viudedad, pero siempre le había dicho que le dejaría su casa en herencia. Hasta aquel momento Emma había estado demasiado compungida por su pérdida como para pensar que le podía proporcionar algún beneficio material. Mirando a su alrededor, contempló con admiración los libros que llenaban las estanterías de la biblioteca y sus ojos se posaron en un petirrojo que descansaba sobre el alféizar de la ventana.

—¿Qué tal el dolor de cabeza? —la voz de Piers la sobresaltó. Al volverse, pensó una vez más que tenía los ojos del azul más intenso

que había visto en su vida.

—Se me ha pasado. La señora Myers me ha dado dos paracetamoles —siempre que estaba con Piers se sentía como una adolescente atolondrada. Debía volver a su casa y al restaurante lo antes posible.

—Me alegro. Tienes mejor aspecto que ayer.

Piers respiró con alivio. Había pasado la noche en vela haciendo planes por si Emma resultaba estar embarazada. Le compraría una casa cerca de la suya y contrataría ayuda doméstica. Sabía cuánto había sufrido Naomi por no haber contado con ayuda económica ni profesional de ningún tipo y no estaba dispuesto a que Emma pasara por la misma situación. Si finalmente se convertía en madre soltera, al menos tendría cubiertas todas sus necesidades materiales.

—Tengo una cita mañana por la tarde —comentó Emma para romper el silencio. Y le mostró la carta—. Van a leer el testamento de mi abuela.

—Miles te llevará.

Piers estaba siendo tan amable y solícito que Emma quiso gritar. Si pensaba mantener una actitud tan impersonal y cortés hacia ella, ¿por qué se acercaba tanto? Estaba tan próximo que podía oler la fragancia de su sensual aftershave. ¿Acaso creía que era indiferente a sus encantos? ¿Había olvidado que los dos habían sido devorados por un deseo tan intenso el uno por el otro que ni siquiera habían llegado al dormitorio?

—Gracias —dijo Emma, desilusionada por la certeza de que Piers había borrado de su memoria aquellos recuerdos. Guardó la carta de nuevo en el sobre.

—La señora Myers está preparando el almuerzo para la una, ¿te va bien?

—Muy bien, gracias.

—No tienes que darme las gracias por todo —los penetrantes ojos de Piers parecían de un azul más intenso del habitual. Una vena le palpitaba en la sien y Emma se preguntó si estaría enfadado con ella y cuál podría ser la causa.

—¿Cómo quieres que me comporte? —preguntó, llena de frustración—. Estoy en tu casa y no dejas que me ocupe de nada. Además, pareces no darte cuenta de que tengo que hacer un montón de cosas en casa de mi abuela —de pronto se echó a llorar. La sola idea de ir a la casa que tanto amaba y revisar las pertenencias de su abuela le partía el corazón.

Piers reaccionó al instante. Corrió hacia ella, la estrechó contra

su pecho y le besó la frente al tiempo que le susurraba palabras de consuelo y le prometía que él lo arreglaría todo.

Hasta que súbitamente, la situación cambió y los labios de Piers descendieron hacia sus húmedas mejillas… Y Emma alzó el rostro al tiempo que dejaba escapar un leve gemido lleno de tristeza y anhelo.

Capítulo 11

LOS OJOS de Emma lo desarmaron. Era la única mujer que conocía que resultaba aún más hermosa cuando lloraba, y su mirada, atravesando las lágrimas que le inundaban los ojos, se clavó en su corazón y le hizo desear una vida mejor en la que ella estuviera incluida. Piers no pudo contenerse y su boca devoró la de ella con el deseo y la pasión que llevaba días reprimiendo. Y en aquel instante quiso poseerla con un ardor que no recordaba haber sentido nunca antes. Cuando Emma comenzó a acariciarle la parte baja de la espalda a través del jersey y apretó su pelvis contra él, Piers alzó la cabeza y dejó escapar una exclamación.

—Emma… —le tomó el rostro entre las manos y la miró fijamente—, si sigues tocándome así vamos acabar en la cama y ésa no es la razón por la que te he traído a esta casa.

—Lo sé —dijo ella, con un hilo de voz—. Pero ¿y si es ahí donde quiero estar?

Piers deslizó sus manos lentamente hasta sus hombros.

—¿Estás segura, Emma? Recuerda que estás pasando por unos momentos muy difíciles y que estás confusa.

Es de lo único de lo que estoy segura, Piers.

—Pídeme lo que quieras, Emma, y lo tendrás.

Ella tragó saliva y le acarició los labios con el dedo.

—Quiero que me toques y me ayudes a olvidar.

Emma esperó temblorosa entre las sábanas a que Piers se metiera con ella en la cama, y en cuanto la abrazó, su cuerpo entró en ebullición. Con una delicadeza exquisita, él la acarició como si fuera tan frágil como el cristal. Pero bajo aquella ternura se ocultaba un volcán de deseo que aumentaba con cada caricia y con cada suspiro anhelante que escapaba de los labios de Emma.

La primera vez que habían hecho el amor, la acuciante necesidad de poseerla había hecho que actuara con torpeza. Había sido esclavo de la pasión y por ello había actuado con una inconsciencia que podía haber derivado en una situación que ninguno de los dos deseaba. Pero en aquella nueva oportunidad se tomaría su tiempo. Devoró con su mirada la belleza de su desnudez, cada línea y cada curva de su maravilloso cuerpo, y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo antes de inclinar la cabeza para besarla. En cuanto sus labios se rozaron un torbellino de sensaciones estalló en su interior. Los labios de Emma poseían una sensualidad capaz de

saciar el deseo que un hombre pudiera sentir a lo largo de toda una vida. Ella pasó su lengua por los labios de él antes de introducirla en su boca al tiempo que se aferraba a sus brazos y lo atraía hacia sí, incorporándose y haciéndole sentir sus endurecidos pezones en el pecho. Todo en ella lo excitaba hasta hacerlo enloquecer.

—Piers... —su nombre susurrado contra su oreja fue como el roce de una mariposa que le puso la carne de gallina.

—¿Qué quieres, pequeña seductora?

—¿Soy seductora? —Emma lo contempló con los ojos muy abiertos, sorprendida del poder que aquella descripción le otorgaba.

—Claro que sí —susurró él con voz grave mientras le abría las piernas con la rodilla y la penetraba con un movimiento decidido. Emma se arqueó y dejó escapar el aliento—. Podrías conseguir a cualquier hombre con sólo mirarlo. Pero ahora mismo eres exclusivamente mía.

Piers comenzó a mecerse lentamente y ella lo abrazó, sintiendo con gozo los músculos que se contraían bajo sus manos. Piers nunca la amaría, pero estaba dispuesta a conformarse con que la hiciera sentir tan plenamente como en aquel instante. Sabía que la pasión que despertaba en ella no se calmaría ni en meses ni en años. Su corazón le pertenecía, pero nunca permitiría que lo supiera. Después de aquel día y aunque ello le rompiera el corazón, desaparecería de su vida para siempre. Nunca iba a encontrar a otro hombre como él, pero era fuerte, mucho más de lo que ella misma había creído en el pasado, y acabaría por superarlo.

Al día siguiente compraría una prueba de embarazo y afrontaría la realidad. Sólo tenía un retraso de dos días, pero cuando supiera el resultado, actuaría en consonancia y demostraría de lo que era capaz. Eso era lo que su abuela hubiera esperado de ella.

Emma encontró la oficina de los abogados sin dificultad. El aire estaba cargado y el mobiliario anticuado y la recepcionista de aspecto severo la hicieron sentir como si hubiera entrado en un mundo perteneciente al pasado, muy distinto al de las calles agitadas y cosmopolitas que acababa de dejar atrás.

Cuando la recepcionista le indicó bruscamente que pasara al despacho, descubrió a un hombre bajito, con gafas y un bigote de corte militar sentado tras un escritorio, casi oculto tras una montaña de carpetas llenas de documentos.

—Señorita Robards, encantado de conocerla —el hombre se incorporó y le señaló una butaca frente a él con un ademán de la

mano—. Soy Mortimer Harris. Supongo que está ansiosa por conocer el contenido del testamento de su abuela así que voy a proceder inmediatamente a la lectura del mismo.

Veinte minutos más tarde, Emma salía del despacho sin dar crédito a las noticias que acababa de recibir.

El sonido de los zapatos de tacón que tan incómodos le resultaban resonó en el suelo de mármol del vestíbulo. Emma dio las gracias a la señora Myers por abrirle le puerta y olvidó preguntar si el señor Redfield estaba en casa. Suspiró profundamente, se quitó los zapatos e hizo un esfuerzo por poner sus pensamientos en orden. ¿Qué diría Piers cuando se enterara de que además de la casa, su abuela le había dejado veinte mil dólares procedentes de su ausente padre? Veinte mil dólares... No podía creerlo y ni siquiera lograba que la idea le hiciera feliz. El abogado le había informado de que Helen Robards había escrito a su hijo al saber que estaba gravemente enferma para pedirle que ayudara a su hija. Emma seguía consternada por la noticia de que su abuela y su padre se hubieran mantenido en contacto todos aquellos años sin que ella lo supiera. Aparentemente, había sido una exigencia de su padre y el dinero no significaba que las cosas hubieran cambiado. No era más que un pago para limpiar su conciencia. Emma se sintió dominada por la ira. Su padre ni siquiera se había molestado en mandar flores al funeral de su propia madre.

Se llevó la mano a la frente y se dijo que estaba mejor sin él. Aunque su dinero le diera asco, lo cierto era que iba a permitirle mantenerse y mantener a su hijo si es que estaba embarazada... Aquel pensamiento le formó un nudo en el estómago. Tenía una prueba de embarazo en el bolso y pensaba hacérsela en cuanto pudiera. Al margen de cuál fuera el resultado, había tomado la decisión de anunciar a Piers que volvía a su casa. Tenían que romper vínculos lo antes posible. Así Piers podría volver a su mundo y ella, tomar decisiones que llevaba tiempo postergando. Con el dinero de su abuela podía plantearse seriamente por primera vez volver a estudiar o...

—Ya has vuelto.

—Sí —Emma dio un respingo y un escalofrío le recorrió la espalda al oír la voz de Piers. Habían pasado la tarde y la noche anterior haciendo el amor, y todo su cuerpo reaccionaba ante su presencia como si ansiara repetir la experiencia. Se ruborizó.

—¿Ha ido todo bien?

—Perfectamente. Quiero hablar contigo. ¿Tienes tiempo?

A Piers le extrañó la pregunta. Había pospuesto todos sus planes para poder pasar tiempo con ella y había descubierto, con sorpresa, que había vida más allá del trabajo. Ninguna otra persona había conseguido inducirle a un cambio tan radical.

—Claro, ven a la biblioteca. La señora Myers ha encendido el fuego y con un poco de suerte, nos traerá una taza de té.

Ayudó a Emma a quitarse el abrigo y sonrió para sí al verla descalza, al tiempo que se decía que algún día le compraría unos zapatos de tacón que no le hicieran daño y que estilizaran aún más sus magníficas piernas.

Emma se acomodó en uno de los sillones y alargó las manos para calentarlas al fuego. Tenía las mejillas sonrosadas por el aire frío del exterior y los ojos brillantes. Piers la contempló embelesado y decidió escuchar lo que tuviera que decirle de > pie. Confiaba en que los abogados no le hubieran trasmitido ninguna mala noticia. Emma no estaba en condiciones de soportar más golpes del destino.

—Resulta que tengo algo de dinero. Mi abuela siempre dijo que me dejaría su casa, pero también he recibido una suma procedente de mi padre.

—¿Tu padre? —Piers entornó los ojos con sorpresa.

Emma inclinó la cabeza hacia delante.

—Parece ser que cuando mi abuela supo que tenía que ser intervenida de urgencia, le escribió para pedirle ayuda. Él mandó dinero pero advirtió que no quería saber nada de mí.

Piers recibió la noticia con una mezcla de emociones. Por un lado estaba encantado de que Emma fuera a encontrarse en una situación menos insegura, pero por otro, sintió una desconcertante inquietud. Como no estaba dispuesto a considerar la posibilidad de que ésta se debiera a que Emma ya no fuera a necesitarlo, prefirió pensar que la causaba el dolor que veía reflejado en su rostro.

—Él se lo pierde, Emma. En cuanto al dinero..., te lo mereces.

—¿Quieres decir que debo aceptar el hecho de que no quiera saber nada de mí y quedarme con el dinero? —preguntó ella, estremeciéndose.

—Por supuesto que sí —Piers se dijo que Emma era la única persona que conocía capaz de considerar la posibilidad de rechazar el dinero—. ¿Dejarás tu trabajo en el restaurante?

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—No empecemos otra vez —Piers se volvió hacia la chimenea para ocultar su exasperación—. ¿Por qué iba a importarme como te ganes la vida? No soy tu guardián.

—No —dijo ella con un hilo de voz, al tiempo que se frotaba las mano—. Puedo hacer lo que quiera, ¿no es cierto? Ésa es la razón por la que quería hablar contigo. He decidido volver a mi apartamento. No tiene sentido que siga aquí, así que voy a hacer las maletas y...

—No.

—¿Qué quieres decir?

Emma alzó la vista hacia Piers, que se plantó delante de ella.

—Te he dicho que prefiero que te quedes hasta que tu casero haga las reparaciones a las que se ha comprometido. He hablado con él hoy y empiezan mañana. Tardarán al menos tres semanas.

—¿Tres semanas? Sólo tiene que retocar las manchas de humedad.

—No. Van a redecorarlo completamente y a cambiar el baño y la ducha —Piers había amenazado al casero con denunciarlo por las condiciones en que conservaba el piso y había conseguido que accediera a todas sus exigencias. Aun así, Piers hubiera preferido que Emma cambiara de casa.

—Ahora me odiará —Emma se miró las manos e imaginó cómo le habría sentado a su avaricioso casero la llamada de Piers—. No debías haberte molestado. ¿Y qué hay de mis pertenencias? Debería ir a poner un poco de orden antes de que empiecen las obras.

—He dado instrucciones precisas. Si falta algo, el casero será responsable.

—Aun así, necesito ir a por ropa. No he traído suficiente.

—Yo te compraré lo que necesites. Eso no es ningún problema.

—Si no puedo ir a mi casa, me instalaré en la de mi abuela —dijo Emma, aunque no creía que fuera capaz de soportarlo.

—Quiero que te quedes aquí. Estás cómoda y tienes a la señora Myers y a Miles a tu disposición. Además de a mí, por supuesto.

Sus miradas se encontraron, pero Emma apartó la suya. Sabía que cuanto más tiempo pasara junto a Piers, más le costaría separarse de él. Su relación no tenía futuro. Piers lo había dejado bien claro desde un principio, así que permanecer a su lado podía acabar por romperle el corazón.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —se puso en pie con piernas temblorosas y se retiró un mechón de cabello de la cara.

Piers se dio cuenta de que no podía obligarla a quedarse, pero la idea de que fuera a enfrentarse a una casa vacía y llena de recuerdos se le hacía insoportable. La noche anterior, al contemplarla dormida entre sus brazos, pensó que no quería perderla. Aun así, y aunque era la primera vez que una mujer

despertaba ese sentimiento en él, no se planteó que fuera un síntoma de que necesitaba a alguien permanentemente en su vida. Tenía un trabajo muy absorbente y la idea del matrimonio le causaba una espantosa aprensión. No tenía más que recordar el fracaso que había sido su relación con Naomi para descartar cualquier pensamiento relacionado con el matrimonio o la paternidad.

—Si insistes en marcharte, voy a reservar una habitación en un hotel.

—No hace falta. Puedo arreglármelas sola sin que...

—Emma.

El tono imperativo con el que pretendía cortar cualquier protesta de Emma solo consiguió aumentar la irritación de ésta.

—¿Qué? —preguntó, poniendo los ojos en blanco.

—Tienes dos opciones. O te quedas bajo mi techo o te instalas en un hotel. Mañana voy a ayudar a mudarse a Lawrence y tengo que dejar esto solucionado antes de marcharme.

—¿Vas ayudar a Lawrence? —preguntó Emma, perpleja.

—No me mires con esa cara de sorpresa. Hemos contratado un servicio de mudanzas, pero necesitará alguien para llevar las cosas pequeñas. Y quiero ver la casa que ha alquilado por si necesita algo. Pasaré la noche allí y volveré al día siguiente.

La idea de que padre e hijo siguieran encaminados hacia una reconciliación templó el corazón de Emma.

—De acuerdo. No quiero que pagues un hotel, así que tendré que quedarme. Pero tienes que asegurarme que si en algún momento mi presencia te molesta, me lo dirás inmediatamente.

Piers sonrió.

—Te lo prometo, pero dado el tamaño de esta casa no sé cómo podrías molestarme. Por cierto, esta noche vienen a cenar unos amigos, ¿crees que podrás soportar tener un poco de compañía?

Emma no estaba de ánimo como para socializar, pero al ver el rostro alegre de Piers no quiso estropear aquel instante de felicidad.

—Claro que sí —fueron las palabras que escaparon de sus labios.

Emma contempló aturdida el rectángulo rosa de la prueba y se miró en el espejo, que le devolvió su imagen pasando del alivio al desconsuelo en una fracción de segundo. Se secó las lágrimas de los ojos y tiró el tubo a la papelera. No estaba embarazada. Y saberlo le produjo un vacío interior, como si acabaran de amputarle una parte

del cuerpo. Ya no había ninguna excusa para que Piers siguiera en contacto con ella cuando acabaran las obras de su casa. Con Lawrence instalado en Cornwall, ni siquiera cabía la posibilidad de que se encontraran casualmente... Sintiendo una opresión en el pecho que le impedía respirar, fue al dormitorio a vestirse para la cena.

Eve y Doug Webster eran los amigos más antiguos de Piers. Doug había trabajado con él durante un tiempo, hasta que decidió abandonar la vida de ejecutivo y montar un pequeño hotel que con el tiempo había adquirido mucha fama. De vez en cuando Piers iba a alojarse en él y era atendido por la encantadora Eve. Casi nunca tenía la oportunidad de actuar él de anfitrión, y se había llevado una gran alegría al saber que podían aceptar su invitación.

Mientras disfrutaban de la cena charlando animadamente, Piers se dio cuenta de que Emma apenas había pronunciado palabra. De hecho, casi no había probado bocado. Estaba sentada frente a él, junto a Doug, y sus labios dibujaban una sonrisa cordial como respuesta a una broma de éste. Pero tras aquella sonrisa Piers percibió una tristeza profunda que lo llenó de inquietud. ¿Habría cambiado de opinión y pensaba anunciarle que se marchaba? Al contemplar su rostro iluminado por la tenue luz de las velas, Piers sintió una punzada en el corazón. No quería que se fuera. Todavía no...

—No has oído una palabra de lo que he dicho, Piers —lo amonestó Doug. Y bebió un trago de vino sin apartar de su amigo una mirada risueña—. ¿Estás seguro de que no tienes nada que contarnos?

El rostro de Piers se ensombreció.

—¿A qué te refieres?

—Te has pasado la cena contemplando a Emma. Que conste que no te critico. Es realmente preciosa.

—Mucho cuidadito o vas a volver solo a casa —bromeó Eve, clavando sus hermosos ojos verdes en su marido.

—¿Tienes algo que contarnos sobre esta encantadora señorita y tú, o no? —insistió Doug.

A su lado, Emma esperó la respuesta con el corazón palpitante. Su mirada se encontró con la de Piers. Era una situación embarazosa, pero esperaba con ansiedad la explicación que iba a dar sobre su presencia allí.

—Emma..., no es más que una amiga.

Sus entrañas se congelaron ante el tono desdeñoso de aquellas palabras. Aunque no había esperado que Piers explicara cuál era su

relación, le dolió que se refiriera a ella como si no fuera digna de mención.

Se obligó a sonreír.

—Así es. Sólo somos amigos.

Capítulo 12

POCOS minutos después abandonó la mesa con la excusa de ir al cuarto de baño. Se sentó ante el tocador y se cepilló el cabello al tiempo que decidía qué hacer. Tenía unas profundas ojeras y su piel estaba tensa y opaca.

Necesitaba unas vacaciones y puesto que tenía dinero podía permitírselas. Al día siguiente iría a contratar un viaje a alguna playa tropical en la que poder relajarse y reflexionar. Así evitaría el problema de las obras de su casa y de ir a casa de su abuela. Pero por encima de todo, lo que pretendía era dejar de ser una molestia para Piers. ¿Cómo había sido tan ingenua como para no darse cuenta de que se avergonzaría de ella delante de sus amigos?

«Emma no es más que una amiga». Es decir, no era nada.

Cuando creyó que estaba en condiciones de reunirse con los invitados, bajó silenciosamente las escaleras. Se disponía abrir la puerta cuando oyó exclamar a Eve:

—¿Una camarera? ¡Piers!

Sintió náuseas. No le costaba imaginar lo que estarían pensando los Webster en aquel instante.

¿Se reirían de ella? ¿Les haría gracia que una simple camarera creyera que podía codearse con gente tan exquisita como ellos? ¿Reiría Piers con ellos? Sintió tal ira que todo su cuerpo comenzó a temblar y tuvo que apartar la mano del picaporte. De pronto, la señora Myers apareció a su lado con cuatro copas de champaña sobre una bandeja de plata y la miró con cara de preocupación.

—¿Se encuentra bien, señorita Robards?

—Perfectamente, gracias. Necesitaba tomar el aire. Permítame que lleve la bandeja.

—Ni hablar, querida, es...

—Por favor —Emma le dedicó una cálida sonrisa—. Insisto.

La señora Myers le entregó la bandeja a regañadientes.

—Es usted muy amable. Espero que pasen una buena velada.

Unos segundos más tarde, Emma entraba en la habitación. Eve y Doug estaban sentados a ambos lados de la chimenea, mientras Piers, con aspecto inquieto, permanecía de pie junto a los ventanales. ¿Se habría arrepentido de darle cobijo? ¿Preferiría que se fuera para no sentirse incómodo delante de sus amigos? Emma estaba segura de que no le costaría encontrar alguien que la sustituyera...

—¿Emma? —a Piers le sorprendió verla entrar con la bandeja.

—¿Sí, Piers? —replicó ella, con una falsa sonrisa.

—¿Por qué no ha traído el champaña la señora Myers?

—¿Es que te molesta recordar cómo me gano la vida? —dijo Emma, mirando a los tres alternativamente con expresión desafiante—.No pienso disculparme por ser camarera. No tengo de qué avergonzarme. Es curioso que me desprecies al estar en compañía de otros. No piensas lo mismo cuando me tienes en tu cama.

—¿De qué estás hablando?

Emma percibió la ira de Piers a pesar de que los separaban varios metros de distancia y la sorprendió que fuera capaz de contenerse.

—¡He oído cómo os reíais de mí!

—Emma, querida, no he pretendido... —Eve se puso en pie con expresión alarmada.

Piers la interrumpió.

—¿Podéis disculparnos unos minutos? Emma y yo tenemos que hablar —cruzó la habitación y, sujetándola con fuerza por el codo, la llevó con firmeza fuera de la habitación—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Crees que a mis amigos les importa a qué te dediques?

—¡Suéltame! —protestó Emma—. ¡No mientas! ¡Te avergüenzas de mí!

—La única que se avergüenza eres tú. ¿A qué viene esta escena?

Emma estaba tan furiosa que ya no pudo ejercer ningún control sobre sus palabras.

—¡Cómo he podido ser tan estúpida! Un hombre sin sentimientos ni siquiera puede sentir vergüenza. Supongo que sólo te relacionas con amigos iguales a ti. Todos lleváis una máscara por temor a entrar en contacto con gente corriente, no vaya a ser que os contagien algo.

Hizo una breve pausa. Al ver una vena que palpitaba en la frente de Piers pensó que había ido demasiado lejos, pero no se arrepentía. Después de todo, probablemente ni siquiera volverían a verse. Piers había dejado bien claro que no eran «más que amigos».

—¿Crees que no tengo sentimientos? —dijo él, fuera de sí—. Está claro que no sabes nada de mí.

—Dado que te ocultas tras un muro de indiferencia es imposible conocerte. Me has permitido acceder a tu cuerpo y a tu casa pero no a tu corazón o a tu mente. No me extraña que Lawrence haya tenido que recurrir a todo tipo de artimañas para llamar tu atención. Estás hecho de hielo, Piers. No comprendes el significado de la palabra «necesitar». No necesitas nada ni a nadie, y así es como quieres seguir viviendo.

—No sabes lo que dices.

—¿No? Vives en una torre de marfil desde la que crees dominar el mundo. Incluso piensas que puedes comprar a cualquiera con tu dinero. Eres tan patético como mi padre. Siento haber cometido el error de creerme tu igual sólo porque te dignaras a fijarte en mí —Emma hizo una reverencia con cara de desprecio—. Discúlpeme, señor. Soy su más humilde servidora.

Piers la tomó de los brazos y atrayéndola hacia sí le dio un beso ardiente y apasionado. Cuando retiró los labios, Emma respiraba entrecortadamente.

—Puedo tener muchos defectos, Emma, pero te aseguro que creerme superior no es uno de ellos. Y te aseguro que nunca he comprado el afecto de nadie. Sé quién soy y de dónde procedo. Para que lo sepas, mi padre era obrero y mi madre, cocinera en una escuela. Eve y Doug trabajan en hostelería. De hecho, ella comenzó su carrera como camarera. Llevo toda la vida en contacto con «gente corriente» y ni el dinero ni mi trabajo han podido cambiarme.

Emma deseó que la tragara la tierra. Dio un paso atrás con piernas temblorosas. En sus labios sentía todavía los de Piers y todo su cuerpo ansiaba ser tocado. Pero la noción de que se había humillado era más poderosa que cualquier otro sentimiento.

—Yo creía que...

—Pensabas que no eras lo bastante buena como para conocer a mis amigos. ¿No crees que ya es hora de que te libres de tu complejo de inferioridad?

—Yo...

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Nadie te está mirando por encima del hombro, así que no busques en los demás la confirmación de la baja opinión que tienes de ti misma, porque no la vas a encontrar.

Emma se preguntó si no estaría en lo cierto. ¿Habría estado engañándose sin darse cuenta? ¿Estaría justificando su inmovilidad por un complejo de inferioridad del que sólo ella era responsable?

Piers sacudió la cabeza con gesto severo.

—Tómate cinco minutos para tranquilizarte y vuelve con nosotros.

Emma se mordió la lengua para no responder con un comentario mordaz y, sintiéndose como una colegiala amonestada por la directora, subió las escaleras con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas.

Emma no había conseguido calmarse y tampoco se había

reunido con Piers y sus amigos. Y mientras se preparaba en la madrugada un café instantáneo y esperaba a que hirviera el agua, se dijo que, con toda seguridad, Piers se habría sentido aliviado de que no apareciera. No había subido a intentar convencerla, lo cual era comprensible teniendo en cuenta las cosas tan espantosas que ella le había dicho. Estaba prácticamente segura de que estaría ansioso porque se fuera de su casa. Y aquel pensamiento le hubiera resultado menos doloroso si su cuerpo no sintiera una nostalgia tan intensa por volver a estar en sus brazos. Para consolarse, se dijo que, dadas las circunstancias, hubiera sido una locura dormir juntos. Lo mejor que podía hacer era comunicarle sus planes en cuanto se levantara y cortar, de una vez por todas, los lazos que le ataban a él. Se pasó los dedos por el cabello y dejó escapar un profundo suspiro. Sentía el corazón tan pesado como si fuera una bola de plomo.

En aquel preciso instante, Piers apareció por la puerta tan apabullantemente atractivo como siempre, con unos vaqueros gastados y un jersey gris oscuro de cuello alto. Emma se, quedó muda durante unos segundos pero logró esbozar una sonrisa nerviosa.

—Te has levantado temprano —se arrepintió de haber bajado en camisón. No era la ropa más apropiada para sentirse segura de sí misma e, instintivamente, se cruzó de brazos.

—Voy a Cornwall con Lawrence, ¿no te acuerdas?

Al contemplar su aspecto desvalido y el perfil de su perfecto cuerpo que se intuía debajo del camisón, Piers sintió que toda su sangre fluía hacia su entrepierna. Era evidente que las duchas frías no servían de nada. La noche anterior había decidido no atosigarla, pero no había conseguido pegar ojo y, con el transcurso de las horas, el deseo de tocarla y acariciarla no había disminuido. Finalmente, al alba, se había dado una ducha helada de veinte minutos. Pero en cuanto vio a Emma supo que no había servido de nada. De no haberse comprometido a ayudar a Lawrence, no habría dudado en intentar convencerla de que volviera con él a la cama, donde habría conseguido trasmitirle que era la mujer más hermosa y deseable que había conocido en su vida.

—¡Es verdad! Debe estar encantado. Sueña con ir a Cornwall y vivir de su trabajo de artista.

—No sé si eso será posible. El tiempo lo dirá. Al menos es bueno que lo intente.

Piers sonrió y un calor reconfortante se propagó por el cuerpo de Emma.

—Me alegro de que vuestra relación haya mejorado. No está bien que padres e hijos discutan. Siempre tienen que darse una segunda oportunidad.

Como en otras ocasiones, a Piers se le encogió el corazón al ver la tristeza que reflejaba el rostro de Emma.

—Puede que un día tu padre te busque, Emma. No pierdas la esperanza.

—Lo dudo. ¿No crees que ya ha dejado bastante claro que no le importo? —borró su expresión de dolor con una sonrisa y cambió de tema—. Quería decirte que cuando vuelvas mañana me habré marchado. Te agradezco que me hayas ofrecido tu casa mientras hacen obras en la mía, pero he decidido tomarme unas vacaciones. Además, ¿no crees que es hora de que nos separemos? Tú tienes trabajo que hacer y yo he de decidir qué hacer con mi vida.

—¿Y si estuvieras embarazada de mi hijo?

El uso que Piers hizo del posesivo desconcertó a Emma. Tragando saliva para aliviar la sequedad de su garganta, se encogió de hombros con gesto abatido.

—No estoy embarazada. Me he hecho la prueba... Iba a decírtelo anoche, pero entre que tenías compañía y que nos peleamos...

La desilusión que embargó a Piers lo dejó sin palabras. Hasta aquel instante no había sido consciente de que deseaba que Emma estuviera embarazada. Por una lado, era una idea descabellada, puesto que siempre había jurado que no quería volver a ser padre. Pero Emma parecía haber entrado en su vida para ofrecerle una segunda oportunidad. La oportunidad no sólo de ser un buen padre, sino sobre todo, un buen marido. El tipo de marido del que una mujer pudiera enorgullecerse. ¿Marido? Ésa si que era una idea novedosa para él, a la que tendría que dedicar un tiempo de reflexión.

—¿No vas a decir nada? —la suave voz de Emma atravesó la niebla que había descendido sobre su mente.

—Supongo que te sientes aliviada —Piers encogió los hombros levemente y Emma, aunque había esperado otra reacción, asumió que él sí se sentía inmensamente aliviado.

¿Cómo no iba a estarlo? Ya no tenía ninguna obligación hacia ella. Y por sí aún le cabía alguna duda, Emma decidió quitársela de la cabeza.

—La verdad es que sí —con la excusa de echar café a la taza, le dio la espalda para evitar que leyera en su rostro cuánto lo necesitaba—. Voy a ir de vacaciones y, cuando vuelva, creo que me

voy a matricular en la universidad.

—¿La universidad?

Piers no era capaz de hilvanar una frase. La indiferencia con la que Emma parecía dispuesta a cortar con él lo había atravesado como un cuchillo.

—Debo tener un título si quiero cambiar de trabajo.

—¿Y para eso vas a hacer una carrera? —dijo Piers, con una brusquedad fuera de lugar.

Emma no comprendía por qué reaccionaba de una manera tan hostil a sus planes. Echó agua hirviendo sobre el café y vio que sus manos temblaban notoriamente. Pero cómo no iba a temblar si aquéllos podían ser los últimos minutos que pasara en compañía del hombre al que amaba. En sólo unos días, Piers se había convertido en una parte esencial de su existencia. Y ni unas vacaciones en una playa tropical ni sus proyectos universitarios le servían de consuelo. Con un estremecimiento, sujetó la taza con ambas manos para calentarse.

—Llevo demasiado tiempo utilizando el restaurante como excusa —confesó. Al volverse hacia Piers, se mordisqueó el labio inferior con nerviosismo—. He conseguido convencerme de que no valgo para nada más. Y como tenía que cuidar de mi abuela, sabía que no podía dedicarme a estudiar. Tenías razón cuando dijiste que tengo complejo de inferioridad. Ahora que sé que no estoy embarazada, debo tomar las riendas de mi vida y mejorarla en la medida de lo posible.

Piers la miró consternado.

—Entonces, ¿la idea de ser madre nunca te ha resultado atractiva? —preguntó con el corazón en un puño.

No conseguía borrar la imagen que se había formado de Emma, radiante y feliz, embarazada de su hijo; los dos planeando un futuro común… ¿Cómo iba a hablarle de ello cuando estaba tan contenta de no encontrarse en esas circunstancias?

En aquel preciso momento Piers tuvo que admitir finalmente la verdad. Estaba enamorado de ella. En un principio, lo había fascinado pero ese sentimiento se había ido transformando hasta convertirse en amor. Y no tenía sentido seguir negándolo. La necesitaba tanto como el aire que respiraba. Al oírle hablar sobre unos planes que no lo incluían, se dijo que tenía que atreverse a derribar algunas murallas aunque ello supusiera arriesgarse a ser rechazado. Porque si de algo estaba seguro era de que la idea de vivir sin aquella mujer se le hacía insoportable.

—Yo no he dicho que la maternidad no me atraiga. Pero quizá

algún día, con la persona adecuada…

—¿La persona adecuada? ¿A qué crees que estás jugando, Emma? —Piers le quitó la taza de las manos y la dejó con un brusco golpe sobre la encimera. Tomó a Emma por la cintura y, con ojos centelleantes, la atrajo hacia sí—. ¡No puedes irte como si lo nuestro no significara nada! Podías haber estado embarazada de mi hijo. ¿Tienes idea de cuánto lo deseaba?

Antes de que Emma asimilara lo que acababa de oír, la boca de Piers atrapó la suya con un beso voraz. Ella abrió los labios con la respiración entrecortada, y sus lenguas y sus dientes entrechocaron al tiempo que sus cuerpos se buscaron con desesperación. Emma no podía pensar pero tenía la certeza de que su mundo giraba alrededor de aquel hombre.

—¿Lo dices en serio? —a su pesar, dio fin al beso y posó las manos sobre las caderas de Piers al tiempo que lo miraba con expresión ansiosa y expectante. Su corazón se aceleró al ver la sonrisa con la que él la contemplaba—. ¿De verdad querías que estuviera embarazada?

—Te amo —al ver cómo se abrían los ojos de Emma por la sorpresa, Piers le dio un beso en la frente y otro en el cuello. El aroma que ascendía desde su piel de terciopelo lo emborrachó de deseo. Irguió la cabeza para contemplar el rostro que tanto amaba, y al ver la expresión amorosa con la que ella lo miraba, supo que sus sentimientos eran tan profundos como los de él—. Quiero que tengamos un montón de bebés, Emma… Pero sólo si tú quieres. Naomi era demasiado joven cuando tuvo a Lawrence. La maternidad y el matrimonio se convirtieron en una prisión. No quiero que a ti te pase lo mismo.

Emma suspiró y se abrazó al cuello de Piers.

—¡Piers, yo también quiero tener niños! Y no me sentiré encarcelada. Soy distinta a Naomi. No imaginas el dolor que me causó saber que no estaba embarazada. ¿No sabes cuánto te quiero?

—Espero que pases mucho tiempo intentado demostrármelo, señorita Robards. Sobre todo después de acusarme de estar hecho de hielo. Pero no te preocupes, mis sentimientos por ti son tan ardientes que van a derretirme. Si no he querido darme cuenta antes es porque tenía miedo a comprometerme. Llevo muchos años culpándome de que Naomi viera su vida como un fracaso.

—Eres un buen hombre, Piers. Estoy segura de que quisiste lo mejor para ella. Esté donde esté, no dudes de que deseará que seas feliz.

Con el corazón henchido de amor hacia Emma, Piers supo que

debía hacer las paces consigo mismo y perdonarse los pecados del pasado para comenzar un futuro lleno de esperanza.

—Sólo hay una cosa —dijo Emma, con la cara de preocupación de un niño a punto de confesar una travesura—. Sé que puede resultar excesivamente tradicional, pero creo que los hijos deben nacer dentro del matrimonio. ¿Te importa?

—¿Estás haciéndome una proposición? —Piers soltó una carcajada y le besó la frente—. Claro que quiero que nos casemos. Y si no te parece mal, me gustaría hacerlo lo antes posible.

—Pero, ¿y Lawrence?

—¿Qué pasa con Lawrence? —el corazón de Piers se paralizó una fracción de segundo al pensar que Emma podía cambiar de opinión a causa de su relación con su hijo.

—¿Cómo reaccionará? No quiero ser la causa de más peleas entre vosotros.

—Lo aceptará como una derrota, pero no pondrá en peligro nuestra reconciliación. La cuestión es si a ti te importa convertirte en la madrastra de tu amigo.

—Puede que al principio me resulte extraño, pero supongo que nos acostumbraremos —Emma se acurrucó en el pecho de Piers y pudo oír el latido firme y acompasado de su corazón. Los dos habían sufrido en el pasado, pero, juntos, iban a tener una segunda oportunidad en la vida.

—Vamos a la cama—le susurró Piers al oído, antes de levantarle la cara para mirarla a los ojos.

—No podemos. Tienes que ir a ayudar a Lawrence— respondió ella, con un suspiro de resignación.

—Estoy seguro de que ni siquiera se ha levantado todavía. Además…— Piers sonrió maliciosamente y, tomándola de la mano, la condujo hacia la puerta—, aunque tengamos poco tiempo, ¿quién dice que no vayamos a ganar en intensidad?

Fin.